
3 1761 09545158 9







LA TIERRA

J.º LÓPEZ PINILLOS
(PARMENO)

LA TIERRA

Tragedia en tres actos
estrenada en el teatro Español el 29 de enero de 1921.



MADRID
EDITORIAL ALEJANDRO PUEYO
1921

OBRAS DE J. LÓPEZ PINILLOS
(PARMENO)

TEATRO

El vencedor de sí mismo. (Drama.)
Hacia la dicha. (Comedia.)
El burro de carga. (Comedia.)
La casta. (Comedia.)
El pantano. (Drama.)
Nuestro enemigo. (Drama.)
La otra vida. (Drama.)
A tiro limpio. (Comedia.)
Los senderos del mal. (Comedia.)
Las alas. (Comedia.)
Esclavitud. (Drama.)
Caperucita y el lobo. (Comedia.)
La red. (Drama.)
El condenado. (Drama.)
Como el humo. (Drama.)
La tierra. (Tragedia.)

NOVELA

La sangre de Cristo.
Doña Mesalina.
Las águilas.
Frente al mar.
Ojo por ojo...
Cintas Rojas.
El Luchador.

PERIODISMO

Hombres, hombrecillos y animales.
Lo que confiesan los toreros.—Pesetas, palmadas, cogidas y palos.
Los favoritos de la multitud.—Cómo se conquista la notoriedad.
Vidas pintorescas.—Gente graciosa y gente rara.
En la pendiente.—Los que suben y los que ruedan.

A DON MELQUIADES ALVAREZ

CON AFECTO Y ADMIRACIÓN

REPARTO

PERSONAJES	ARTISTAS
Caridad (28 años).........	Matilde Moreno.
Ana la Buena Moza (60 años)..................	Camino Garrigó.
Juana la Llueca (35 años)..	Elisa de la Rosa.
Maria la Baltasara (26 años).................	Teresa Zorí.
La tia Sarmiento (62 años)..	Antonia Fuenclara.
José Recio (60 años).......	Miguel Muñoz.
Don Diego Infante (56 años)	Alberto Contreras.
Rafael Recio (35 años)....	Ricardo Galache.
Ricardo Infante (28 años)..	Manuel Martín.
Zaratan (40 años).........	Emilio Mesejo.
Bautista (30 años)........	Gonzalo Delgrás.
Paco (27 años)...........	Celedonio Martínez.
Don Servando (65 años)....	José Gil.
Curro Veneno (38 años)...	Fernando Venegas.
Jiménez (60 años)..........	Felipe Marques.
Polilla (32 años).........	Alberto de Begoña.

Puede la acción desarrollarse en algunos pueblos de varias provincias españolas.

ACTO PRIMERO

Plazoleta en el pueblecito de Horbacho. A la derecha, sin gran orgullo, porque no es precisamente una catedral, se alza una iglesia muy bien enjalbegada y muy alegre. A la izquierda, en una casucha medio ruinosa, está esa triste y sucia taberna, a la que, en la mayoría de los lugares españoles, los labriegos, por afán de ennoblecerlo todo, llaman pomposamente casino. Y, al fondo, cerrando la plazoleta, como un gigantesco león entre tímidas alimañas, entenebrece el espacio con su sombría y amenazadora altivez un vetusto caserón con la portada y el escudo de granito.

Las puertas de la iglesia y la del casino están abiertas, y cerradas las del palacio, cuyos dueños utilizan otras de menos lujo. La calle principal del pueblo entra en la plazoleta y la abandona siguiendo la fachada de la señorial mansión.

Son las ocho de una mañana de Julio, y el sol principia a inflamar el aire y a socarrar la tierra.

José Recio *y* Paco, *en el soladillo de la taberna, sentados en una silla, el primero, y en un poyete, el segundo, miran de vez en vez a unos trabajadores que, tendidos en el sue-*

lo, a la sombra de la casucha, iuegan a las cartas.

Es José un viejo fortísimo y muy ágil, en cuyo rostro de bronce la reja del tiempo sólo ha conseguido abrir algunas arrugas. En sus ojos, de un brillo juvenil, arde el fuego de una energía inagotable. Su palabra escueta es comedida y gris su cabellera rigurosa. Viste un pantalón y una blusa de crudillo; se cubre con un sombrero de ala ancha, roto, y calza unas botas de becerro, enterizas. En la faja, encarnada, lleva un cuchillo, el tabaco y el pañuelo.

En Paco, hombrecito prematuramente calvo, lo que más llama la atención es la flema con que se expresa. Viste un traje de dril no muy sucio, y su sombrero, su calzado y su faja no son mucho más elegantes que los de José.

Entre los jugadores, que protegen sus cabezas y sus pies con sombreros y botas inverosímiles, hay quien cubre sus carnes con una blusa, porque no tiene camisa, y quien las tapa con una camisa, porque no tiene blusa.

PACO

¿Medio pitillo?

JOSE

Mientras me queden... *Saca un cigarrillo y le da la mitad.* Esto emborracha al hambre.

PACO

Cambiándole el papel al medio cigarrillo.

Y usté, ¿no fuma?

JOSE

Cuando me apriete la necesidá. ¿Qué molienda hicísteis anoche con la entadura?

PACO

La misma que al mediodía: unos tomates y unos mendrugos.

JOSE

Y si no faltaran...

PACO

Escaparíamos usté y yo; pero usté y yo no estamos criando.

JOSE

Disimulando la inquietud.

¿Marcha mal mi Caridá?

PACO

Marcha a un paso como pa quearse hética en un decir Jesús. Y lo peor es que el niño va todavía más ligero. Ayer no hizo más que llorar. Y es hambre. Se enrabia en el pecho sin sacar ná... y llora de hambre la criatura.

JOSE

Hambre a los dos meses... *Dentro de la iglesia ejecutan en el órgano la marcha reàl, y se descubre y se santigua.* Paco, que están alzando a Dios. Destócate siquiera.

PACO

Después de descubrirse y santiguarse.

Esta madrugá iré al coto.

JOSE

¿Pa que te peguen un balazo... con la vigilancia que hay ahora?

PACO

Pero, usté ¿sabe cómo se pone Caridá al ver el desconsuelo del chiquillo?... Le calentaría el

corazón y la cabeza a un hombre de nieve. Y, como yo no soy de nieve, esta madrugá iré al coto.

Entra, por la izquierda, en la plazoleta, Curro Veneno; *la cruza con precipitación y se mete en la iglesia. Veneno, que es un hastial duro de rostro, con la mirada aviesa y la sonrisa cruel, se engalana con los arreos de los guardas rurales y empuña un magnífico rifle.*

JOSE

Al divisar a Curro.

¡Sss!... *Cuando desaparece el hastial.* ¿Qué tábano le habrá picao a su mercé? ¿Irá por don Diego?

Entra, por la izquierda, Zaratán. *En su cara inexpresiva, estrecha de frente y recia de quijadas, brillan, con toda la astucia con que pueden brillar, unos ojuelos de jabalí, y sus labios, a los que se aplica el índice en demanda de silencio, adelántanse con toda la elocuencia de gesto posible en una personalidad tan distinguida. Calza alpargatas, se sujeta con un cordel unos pantalones destrozados, con los cuales compite una blusa calandrajosa, y completa su atavío un sombrerón, en cuya cinta proclaman el refinamiento de los gustos zaratánicos dos o tres palillos de dientes.*

PACO

Algo habrá pasao si va por don Diego. *A Zaratán.* ¿Qué?

ZARATAN

En voz baja.

¡Chitón! Cuando se vayan me esplayaré. Que no crean que cospiramos.

JOSE

¿Y por qué causa?

ZARATAN

¡Chitón!

Entran, por la puerta de la iglesia, DON DIEGO *y* CURRO. *Don Diego, varón corpulentísimo, tiene pronunciadas las facciones, duros y penetrantes los ojos y desapacible y autoritario el verbo. Lleva un traje gris de americana y se cubre con un sombrero blando. Al verle, se levantan los jugadores y todos se destocan.*

DON DIEGO

A Curro, sin detenerse y sin mirar a los campesinos.

Tendrás allí quince o veinte hombres.

CURRO

Y más. No hay cuidao.

Salen, a escape, por la izquierda.

PACO

Ni que fuesen a apagar un fuego.

ZARATAN

¡Como que a eso van!

JOSE

Alarmado.

¿Qué dices?

ZARATAN

No hay que asustarse, tío José, que no arden más que las cuatro gavillas de la era del Alamo.

JOSE

Con recelo.

¿Y cómo lo sabes tú?

ZARATAN

¡Vaya un tono! ¿Se cree usté que he arrimao yo la cerilla?... Lo sé, porque lo he visto; y lo he visto, porque me he llegao por mi costilla a la cortijá; y me he llegao por mi costilla, porque no tiene gracia que guise y se atraque la mujer mientras al marío le brota verdín entre los dientes.

JOSE

Disimula, compañero.

ZARATAN

Disimulao, tío José. Aunque ya debía usté conocerme un poco mejor. Si a mí me hubiesen dicho que el quemar la era me podía valer unas gallinas, o dos corderos, o un cochino, es mu posible que la hubiera quemao, y no a traición, sino dando la cara. Pero, por gusto, ¿la iba yo a quemar?... ¡Eso es de arfabetos o de cafres!

Los campesinos que jugaban, que le escuchan alborozados, se ríen.

JOSE

Qué bestia eres, Zaratán.

ZARATAN

El mayor de Uropa, sin discusión, pa comer, pa beber, pa tirarme desde lo alto de una encina, pa pelearme a mordiscos con los perros y a patás con los mulos y pa abrir a cabezás las puertas. *Con noble orgullo.* ¡Mil veces he apostao y he trunfao! Pero, pa la política, no soy bestia. En un Congreso quedría yo que me viesen ustedes, tirándole con bala rasa a tó lo que pena la autoridá y poclamando que, como dijo el poeta, la propiedá es un robo. *Se oye confusamente un murmullo de voces coléricas y el «orador» se sonríe satisfecho.* Escuchen, escuchen ustés, que ya pita la máquina, y me figuro que si pita es porque va a dispararse pa arrollar hasta la Costitución.

PACO

Lo que es menester ahora es que nadie ceje. Se han repartío las cartas por nuestro gusto, y, aunque llevemos las peores, hay que jugar.

JOSE

Escuchando, porque suenan más cerca las voces.

Calla.

CARIDAD

Dentro.

¡Mueran los ladrones!

MUCHAS VOCES DE MUJER

Dentro.

¡Mueran!

JOSE

A Paco.

Es Caridá.

Entran, por la izquierda, JUANA LA LLUECA *y la tía* SARMIENTO. *La Llueca, que viene encendida y sudando a chorros, tiene un tiznón en la frente y trae chamuscados el delantal de arpillera y la falda. La tía Sarmiento, una mendiga que se apoya en un báculo y que encórvase bajo un fardel lleno de mendrugos, acecinada por la edad, no destila más agua que la que brota de sus ojillos pitañosos.*

ANA

Dentro.

¡Muera Donato!

LAS MUJERES

Dentro.

¡Muera!

PACO

A José.

Y esa es mi madre.

La gente, que va saliendo de misa, se queda en la plazoleta.

JUANA

Pero, ¿qué ocurre? ¿Hay aquí «revulución»?

ZARATAN

¡La habrá, si no la hay, que pa eso tenemos engallaura de machos!

JUANA

Colérica.

¿Y pa meterme en la «revulución» me has sacao de la cortijá?

ZARATAN

Sencillamente. Estando tós en huelga contra el amo, ¿vas tú a trabajar en una de sus cocinas?

JUANA

Agresiva.

Y, si no trabajo, ¿qué van a comer los niños?

ZARATAN

Con acritud.

¡Pué que hasta merengues, so arfabeta! ¡Y cuidao con lo que se replica, y lárgate a chillar con las mujeres, que es tu obligación!

TIA SARMIENTO

Llorando.

¡Esta es la fin del mundo!

CARIDAD

Dentro. Mucho más cerca.

¡Pan! ¡Queremos pan!

ANA

¡Tenemos hambre!

LAS MUJERES

Dentro.

¡Mueran los ladrones!

Y entran tumultuosamente, por la derecha, acaudillando a un grupo de mujeres, CARIDAD *y* ANA, *al mismo tiempo que* DON SERVANDO *y* JIMÉNEZ, *que salen de la iglesia alarmados por los gritos y entran en la placita.*
Caridad es una mujer quebrada de color, que tiene unos labios muy pálidos, unas ojeras muy cárdenas y unos ojos muy brillantes. Viste un traje de percal limpísimo.
La Buena Moza, cuya vejez conserva restos de hermosura, tiene el gesto provocador y audaz la mirada. En la pobreza con que viste hay aseo.
Don Servando, párroco del pueblo, es hijo de campesinos y su figura y sus inclinaciones son de campesino, como las inclinaciones y la figura de Jiménez, que es sochantre, organista y barbero.

DON SERVANDO

Bondadosamente.

Vamos a ver. ¿Qué pasa? ¿Quiénes son esos ladrones? ¿A quiénes hay que matar?

ANA

Con fiereza.

¡A los que quién matarnos!

CARIDAD

¡A los que han empezao a matarnos!

DON SERVANDO

Pretendiendo bromear.

¡Ah! Pero, ¿han empezao esos pillos? Enséñame tus heridas, mujer.

CARIDAD

Apasionadamente.

¡No, don Servando! ¡No se ría usté, que es mu serio lo que ocurre para que usté se ría! Ya hace una semana que nos echaron de la tienda y hoy nos han despedío de la panificadora. ¡De la panificadora! Fíjese usté. Que se acabó el fiao; que sólo habrá pan pa el que lo pague... Y, en huelga, ¿cómo lo vamos a pagar? Y, sin lo único que nos queaba, que era el pan, ¿cómo vamos a vivir?

ANA

Con energía.

¡Hay que preguntárselo a don Diego!

DON SERVANDO

Que, si estuviese aquí, os respondería lo que os respondo yo: dejaos de huelgas y viviréis.

JOSE

Eso, ¿qué sinifica? ¿Que nos debemos rendir?

PACO

Al Cura.

¿Rendirnos, pa que nos pisoteen?

ZARATAN

No sea usté clerigal, don Servando, que usté es un buen hombre. Que el de la panificaora esté con don Diego, se explica, porque le puso la fábrica. ¡Pero usté!...

DON SERVANDO

¿Y qué vais a hacer sin dinero y sin pan?

ZARATAN

Heroico.

¡Morirnos de hambre como «revulucionarios» convencíos!

JOSE

Con amargura.

¡Morirse de hambre entre fanegas y fanegas de sembraura, donde se mece el trigo, y entre leguas y leguas de tierra sin labrar donde engordan los toros y la caza hierve!... ¿Es justo eso? ¿Es justo que no pasen hambre los hijos de las bestias y que la pasen los hijos de las criaturas?... Verdá es que hay algo peor que ser bestia: ¡ser jornalero!

DON SERVANDO

Con tristeza.

No quiero oirte, José. Ni discutir.

JOSE

Porque es mía la razón.

DON SERVANDO

¿No oyes que no quiero discutir?... Caridá: ve luego a la huerta y llévate la leche de las dos cabras y los huevos que haya cogido hoy la Paquita.

CARIDAD

Es un abuso. No, señor.

DON SERVANDO

Con energía.

¡Cómo que no! ¡Te llevas la leche y los huevos y te los repartes con todas las que estén criando! ¡Y sin rechistar! *A José.* De la insignificancia que produce la huerta encárgate tú. *Ofreciéndole un billete de diez duros.* Y toma, pa que os den algo en la panadería y os remedieis.

JOSE

Conmovido.

Don Servando...

DON SERVANDO

Con severidad.

¡He dicho que no te quiero oir! ¡Y menos, ahora, que vas a elogiarme! Estoy sordo. ¡Y mudo! Así no os daré lecciones, y me libraré de parecerme al maestro de Aguilar, que no sabía leer y se metió a enseñar. Y buenos días y que Dios nos ilumine y nos proteja a todos. *A Zaratán.* Y también a ti, aunque te figures que no crees en El.

ZARATAN

¿Pullitas? Pues bien enterao está El, que lo sabe tó, de que pa este súrdito no hay más que la Virgen de los Dolores y el Niño Jesús. Y no me pinche usté, pa que yo no le pinche.

DON SERVANDO

Riéndose.

Bueno, hijo, perdona.

Sale por la derecha.

JIMENEZ

Dándole dos duros a José.

Mi «óbalo».

JOSE

Emocionado.

No; dinero suyo, no. Si usté es tan pobre como nosotros, Jiménez.

JIMENEZ

Pero, como no estoy en huelga, me fían.

ZARATAN

¿Y por qué no huelga usté?... A mí no hay «óbalo» que me tape la boca.

JIMÉNEZ

Algo azorado.

¿En qué oficio? Como sochantre y organista, me pagan lo que es de ley. Y no querrás que huelgue como barbero, ya que, desde que dejasteis de trabajar, no cobro un ochavo.

Entra, por la derecha, RICARDO INFANTE. *Es un mozo muy satisfecho de sí mismo, que se contonea al andar, que mira como un gallo a las mujeres, y que, en sus relaciones con los campesinos, es tan confianzudo como el*

jifero con las reses que va a degollar. Luce un traje de seda cruda y no lleva corbata. Sin el bigote se le tomaría por un torero.

RICARDO

A Caridad.

¿Se puede pasar, mi generala? *Amablemente.* Buenos días, amigos. *Todos contestan y se encara otra vez con Caridad.* ¿No estás ronca? Porque, ¡vaya si has derrochao voz!

CARIDAD

Pues, pa la que hacía falta tener, tengo mu poca.

RICARDO

No te apures, que tu tenienta te ayudará.

ANA

Tan resuelta como la moza.

¡Hasta que me quede sin pulmones!

RICARDO

Zumbón.

Ole. Así me gustan a mí las mujeres, aunque

les hayan dao la licencia absoluta: con vinagrillo y picante. Lo mío, Pacò. *Se va Paco por la taberna.* ¿Sabías tú, José, que Donato es encantador?

JOSE

Con frialdad.

No, no lo sabía.

Entra Paco. *Trae una botellá de aguardiente y una copa de a cuartillo.*

PACO

Lo suyo, don Ricardo.

RICARDO

Después de paladear unos sorbos.

Pues lo es. Tan lo es, que con enseñarles a estas palomitas una hogaza mágica, las ha convertido en panteras. *Con burda ironía.* ¡El demonio de Donato!... ¿Le damos otro muera a ese granuja, pa que se decida a arruinarse?

CARIDAD

Con valentía.

¡No se arruinará porque nos fíe!

ANA

¡No somos ladronas!

RICARDO

A Paco, sin mirar a las mujeres.

¿Por qué no has encerrao a tu madre y a tu mujer? *A los demás hombres.* Y vosotros, ¿por qué pinchais a las vuestras pa que escandalicen? ¿Es que así conseguiréis algo?

JOSE

Con sombría decisión.

Tenemos hambre todos. ¡Hasta los viejos que ya casi no puen comer, hasta los niños que maman, hasta las criaturas que todavía no han nacío!

RICARDO

En un tono frío.

¿Ya habláis de hambre? Es pronto. Ayer creo que hubo pan. Mañana, sí: mañana empezaréis a saber lo que es hambre.

JOSE

Con una lentitud que encubre su cólera.

Y eso, ¿está bien?

RICARDO

Después de beber.

Está mal. Rematadamente mal. Pero estaría peor otra cosa: que se dejase atracar mi padre y que os ayudara encima. Tan bobo no es.

ZARATAN

¡Caray, señorito! Esa palabra de atraco...

RICARDO

Es la precisa. Pedir un duro más de jornal en Julio, en plena recolección, y declararse en huelga porque no se concede, ¿no es un atraco? Lo es, Zaratán. Y si mi padre, a quien le habéis hecho perder ya unos miles de duros, os siguiera ayudando, merecería que le encerraran en un manicomio. Pero no os ayudará. ¿Puso la tienda un protegido suyo y con dinero que él adelantó? Pues no se os fía en la tienda. ¿Es de otro de sus protegidos el negocio de pan? Pues se

acabó el pan para los que no lo paguen en el acto. A cara de lobo, cara de perro.

JOSE

Es que no pedimos por avaricia, sino por necesidá.

RICARDO

¿Por necesidá o por manía de imitación? Si no leyérais en los periódicos esas filfas de las huelgas y los paros, y si no os envenenara uno de esos vivos que ca vez cobran más y trabajan menos, no imitaríais a la gentuza de las capitales.

ZARATAN

Sin ocultar su satisfacción.

La verdá es que vamos teniendo organismo.

RICARDO

¿Y para qué sirve el «organismo» sin sentido común? ¿No os iría mejor teniendo dos pesetas más de aquí en adelante que teniendo «organismo»? *Persuasivamente.* ¿Qué opinas, José?

JOSE

Huraño.

Que con dos pesetas más no comeríamos este invierno.

RICARDO

Disimulando su contrariedad.

¿Y preferís empezar ahora el ayuno?

ZARATAN

¡Ya nos las compondremos pa no ayunar!

RICARDO

Irónico.

¿Con ochenta guardas como los que conocéis?

ZARATAN

Zumbón.

Tós no son licenciaos de presidio.

RICARDO

Cínicamente.

Pero, ¿no lo puen ser? Tú mismo, ¿no te podrías ganar la licenciatura como un hombre?

ZARATAN

Si mi diznidá lo exigiera, ¿por qué no?

RICARDO

Riéndose.

¡Cuidao que eres grande, Zaratán! Lenín, comparao contigo, es una pulga. *Sacando una navajita.* Acércate.

ZARATAN

No, señor.

RICARDO

Después de beber copiosamente.

¡Ah! ¿No te quieres embolsar cinco duros?

ZARATAN

Con firmeza.

No, señor.

RICARDO

Riendo.

Pero, ¿qué te pasa? ¿Es que te afinas, o es que te vuelves cobarde? ¿Cuántos cachitos de oreja te he cortao, y por la mitá de la mitá de ese dinero?

ZARATAN

Pero me los ha cortao usté en días de diversión y estando yo chuleándome. Y ahora estamos en días de huelga y estoy yo mu serio.

JUANA

¡Y que no paso yo porque te martiricen!

ZARATAN

Con asombro.

Y quitándome una mijita de oreja, ¿me iban a martirizar? ¿No sabes que lo que a nadie le puén cortar sin dolor es el güeso, y que la oreja, por abajo, no tié ni terniya?... Pero a un hombre

declarao en huelga no le debe cortar su amo ni un pelito de la nariz. ¡Entérate, so irracional!

RICARDO

Bueno, hijo. No te cortaré ni una uña; pero te daré un duro por cá pedrá que me aguantes.

ZARATAN

Vacilando, tentado por la codicia.

Eso es ya diferente. *Reponiéndose.* ¡Pero, no! ¡La huelga es la huelga!

RICARDO

Persuasivo.

Fíjate, Zaratán: a cincuenta pasos, sin apuntar mucho y prescindiendo de la cabeza.

ZARATAN

¿Y yo de espaldas, como siempre, y liao en un cobertor, como siempre?

RICARDO

Todo como siempre. Y tú cobrarás, y yo haré ejercicio, y esos y tú y yo nos divertiremos.

ZARATAN

¡Si no estuviéramos holgando!

RICARDO

Vaya, para que no se clave ese reparillo en tu conciencia, te la endureceré con un emplasto de dinero. Cinco duros por pedrá. Cinco duros, aunque tengo agonizando la botella, atine o no atine.

ZARATAN

Haciendo un heroico esfuerzo.

No, señor. ¡Tampoco!

RICARDO

Con desdén.

¿Y eres tú el rey de los valientes? Zaratán, no vuelvas a presumir. *Afectuoso.* ¿Te atreves tú, Paquillo?

PACO

Secamente.

No, señor. No me atrevo.

RICARDO

¿Y no habrá quien se atreva? ¡Diez pedrás a cinco duros!

JOSE

Con frialdad.

Que importan cincuenta duros. Le cojo la palabra.

CARIDAD

Corriendo hacia él.

¿Usté, padre? ¡A usté que le ha de tirar!

JOSE

No tengas miedo. *Sonriéndose.* Ha bebío mucho.

CARIDAD

¡Que no, padre!

JOSE

Y que me liaré en vuestra manta, que es mu fuerte.

CARIDAD

Exaltada.

¡Que no! ¡Que no lo consiento! ¡Que no permito que le maltraten a usté ni por mil millones!

RICARDO

A los campesinos, después de mirar, riéndose despreciativamente, a Caridad y a José.

¿Nadie se atreve hoy?

JOSE

Risueño.

¿No le he cogío a usté la palabra? Yo nunca hablo por hablar. *A Paco.* Trae la manta. *Sale por la taberna Paco seguido por Zaratán, y vuelven a los pocos segundos.* Me pondré en la portá del molino.

CARIDAD

Llorando.

Padre...

JOSE

Atajándola.

No seas tonta, Caridá. He dicho que sí, y ni con las tripas en la mano diría que no.

PACO

Dándole a José la manta.

La manta. Dóblela usté dos veces pa ponérsela.

ZARATAN

Ofreciéndole unas piedras al señorito.

Ahí van diez pelaillas, don Ricardo. Y coste que no se las he buscao por finura, sino pa que no las escoja usté de esas de picos que se hincan en el lomo.

RICARDO

Ya irás dándomelas. *A José.* Cuando se te antoje.

JOSE

Usté manda.

Sale por la izquierda.

Ricardo aguarda en la bocacalle, con Zaratán a su derecha. Todas las mujeres y todos los hombres, menos Caridad, Ana y Paco, cuchichean detrás de ellos, con más interés que emoción.

CARIDAD

A Paco.

¿Y lo dejas tú? Pues escúchame: si ese demonio hiere a mi padre y no hay quien le hiera a él, ¡no te volveré a mirar a la cara!

PACO

¿Le parece a usté, madre?... Como si se tratara de una pelea y no de un negocio.

CARIDAD

¡Se trate de lo que se trate!

ANA

Tirando de la moza.

Vamos, Caridá.

Salen por la taberna las dos mujeres, y Paco se incorpora al grupo de los curiosos.

RICARDO

A los jornaleros, cogiendo una piedra.

Primer billete. Va a ser amoroso, por lo suave y lo dulce.

PACO

Reprimiendo su indignación.

Cuidao con la cabeza.

RICARDO

Riéndose.

Si la pudiese esconder como los galápagos...

En este instante entra por la derecha RAFAEL, *que es un hombre fornido, dueño de un rostro que no se altera nunca y de unos ojos impenetrables que no pierden jamás la serenidad. Su traje de americana, que es como los que usan los obreros en las ciudades, está menos deslucido que su sombrerillo flexible y sus botas.*

JUANA

En voz baja y apartándose del grupo.

¡Inquisidor!

RAFAEL

A Juana.

¿Apedrea a tu marido?

JUANA

Asustándose al verle.

¡Jesús!

RAFAEL

¿Qué te pasa?

RICARDO

A José.

¿Preparao?

JOSE

Dentro.

¡Preparao!

RAFAEL

Avanzando a la carrera hacia Ricardo, al oir la voz de su padre.

Pero, ¿es mi padre? ¿Le tira usté a mi padre?

RICARDO

Con una absoluta tranquilidad.

Por su gusto y por mi dinero. *Después de una pausa.* Y como no te lo voy a matar, no te exaltes así.

RAFAEL

Compitiendo en serenidad con su interlocutor.

¿Contigo?

RICARDO

¡Ah! Pero, el ser lo que eres, ¿te da derecho a tutearme?

RAFAEL

Como que, si no fuese por el caudal, sería más que tú, y tú me tuteas.

RICARDO

¿Y por qué serías más que yo? ¿Porque yo no fabrico bombas?

RAFAEL

Ahora, sería más que tú porque estás mintiendo, y yo no se mentir.

RICARDO

Sin alterarse.

De modo que... usté, ¿no tira bombas?

Entra José *por la izquierda.*

RAFAEL

Con entereza.

Ni las fabrico. Y el que lo diga, miente.

JOSE

Con gravedad.

Bien hablao. Pero, ¿qué le has hecho pa quete insulte?

RAFAEL

Como no se haya ofendío porque no le he dejao poner los pies en mi dignidá...

ZARATAN

A José.

La pedrea, que le regolvió la bilis.

JOSE

Un poco avergonzado.

Ya. *A su hijo.* Me iba à ganar cincuenta duros pa tós estos. Como un pelele, no siendo yo un pelele... Pero ya hoy no nos han fiao el pan, y he querío sacarme de las costillas unas hogazas.

RAFAEL

Enorgullecido.

Padre, déjeme usté que le dé un abrazo.

RICARDO

Y permíteme a mí que me luzca un poco. *Ofreciéndole unos billetes.* Cien duros. Ya que iba a sembrar pan en tus costillas, que la cosecha sea tan abundante como si lo hubiera sembrao. *Riéndose.* Y que el autor de mis días me perdone esta traición.

JOSE

Esto... es de hombres netos, don Ricardo.

RICARDO

¿Y soy yo un tigre?

RAFAEL

En un tono ambiguo.

Enhorabuena.

RICARDO

Sonriéndose con desdén.

No he pretendido comprársela.

Entran por la izquierda DON DIEGO, BAUTISTA, CURRO *y* POLILLA. *Bautista, subordinado de Veneno, y que viste como él, es un muchachote simpático, a pesar de su cara de pocos amigos y de su adustó verbo. Polilla, guarda también, es una bestia taciturna con más pelos que un oso y más dureza que un alcornòque.*

DON DIEGO

Buenos días.

Todos se descubren y le contestan.

RICARDO

¡Hola, papá!

DON DIEGO

¿Cómo no has ido a los Alamos?

RICARDO

¿Pues?...

DON DIEGO

¿No te han dicho que se ha quemao la era? ¡Figúrate si el fuego se corre! Por fortuna, sólo han ardido unas gavillas... y mi paciencia. Pero, como me he quedao sin paciencia, esto se acabó. *Con amenazadora acritud.* Entérense los cabecillas y los sacaos de quicio con embustes por los cabecillas. ¡Esto se acabó! Y se acabó, porque, si mañana no empezáis a trabajar, pasao, tendré aquí cien hombres que trabajen. ¿Os enteráis? Cien hombres que trabajarán sin miedo, porque ochenta guardas con ochenta rifles, y un batallón que recibiré, si lo pido, meterán en cintura a los que saquen los pies del plato.

ZARATAN

Y si volvemos al trabajo, ¿qué nos dará usté?

DON DIEGO

Lo que os daba. No pago lo que me exigís, porque no admito abusos. Y no tolero que continuéis perjudicándome, porque es mía la razón y es mía la fuerza. *A Rafael, airadamente.* ¡Clávate en los sesos esta verdá!

RAFAEL

Sin alterarse lo más mínimo.

Como usté guste. Pero a usté, don Diego, ¿qué le importa mi opinión?... Yo no vivo aquí; yo he venido aquí pa ver a mi familia; yo soy aquí un simple huespe.

DON DIEGO

Tú, aquí y en todas partes, eres un nubarrón negro y no pasas sin dañar.

RAFAEL

Con una sonrisa, que lo mismo puede ser cortés que burlona.

Aunque quisiera, no le sabría contestar. Es mucho lo que le respeto.

DON DIEGO

Conteniéndose.

Pruébamelo.

RAFAEL

¿Cómo?

DON DIEGO

En seguida lo sabrás. *A los campesinos.* Os doy un plazo de seis horas para que resolváis. ¡Paz o guerra! En mi casa espero.

Sale por la izquierda, con su hijo.

CURRO

A Rafael.

¿Me haces el favor?

Le invita a seguirle con un gesto, y Rafael, apartándose del grupo, se detiene junto al matón, frente a la puerta de la iglesia.

RAFAEL

Tú dirás.

CURRO

Pa ti, ¿qué soy yo: un amigo o un enemigo?

RAFAEL

Impenetrable.

No lo sé.

CURRO

Con una sonrisa agria.

Esa contestación no es de amigo.

RAFAEL

Tú no me has preguntao lo que soy yo pa ti, sino lo que tú eres pa mí. Por eso he contestao que no lo sé. Porque no sé cómo me miras tú.

CURRO

Pero como yo sé ya que tú me miras malamente, malamente también te miraré yo.

RAFAEL

Lo cual pué ser una desgracia pa el más pintao. Te agradezco el aviso.

CURRO

Aviesamente.

Y agradéceme otro que voy a darte con lealtá. La huelga, que se declaró hace tres semanas, a los pocos días de remanecer tú por estos andurriales, es obra de tu habilidá.

RAFAEL

Con una seriedad burlona.

Se agradece el elogio, Veneno.

CURRO

Burlándose también.

Pues me sale del corazón. Es obra tuya la huelga, como pué que haya sío obra tuya igualmente el fuego de hoy. Lo creo, y, como lo creo, lo declaro, porque a mí, gracias a Dios, no me duele elogiar a los enemigos.

RAFAEL

Imperturbable.

Nobleza que hay en ti. Gracias, Veneno. Y oséquiame con el otro aviso, si no has cambiao de opinión.

CURRO

¿Yo cambiar?... ¡Antes hablarían las piedras y andarían los olivos! Y ahora te osequiaré. ¿Conoces al guarda que está junto a Polilla?

RAFAEL

No.

CURRO

¿No habrás tú visto esa cara detrás de un sable y debajo de un casco?

RAFAEL

Después de mirar fijamente a Bautista.

Pué ser.

CURRO

¿Y no te se hubiera clavao aquel sable en la barriga si uno de tus compañeros no hubiese derribao de un tiro al que lo manejaba?... Fué en Barcelona. Acuérdate.

RAFAEL

Pué ser. Y sigue, que estoy en ascuas por escuchar el aviso.

CURRO

Pues, ahí va: como la inquinia que te tié ese guarda se la ha pegao a tós los guardas, y como hemos quedao en que, desde hoy, te mire malamente su capitán general, toma el camino.

RAFAEL

¿Y si no lo tomo?

CURRO

Toma el camino, que te conviene. Tú eres un dañaor; a los guardas nos pagan por castigar a los dañaores..., y aquél y yo tiramos con cierta facilidá. Avisao.

RAFAEL

Pues apunten ustés bien y dando la cara, porque, al que me mate pecho a pecho, es posible que no le ocurra ná; pero, al que me mate a traición, se le acabará la vida más pronto que la luz a un candil sin aceite.

CURRO

Riéndose desdeñosamente.

Yo pienso llegar a viejo.

RAFAEL

Con desprecio.

Entonces, llegaré yo también.

CURRO

A Bautista y Polilla.

Vamos.

Salen los tres por la izquierda.

JOSE

Aproximándose a su hijo.

¿Amenazas?

RAFAEL

De fanfarrón y de cobarde. Les estorbo aquí...

ZARATAN

Pero tú, ¡no te irás!

RAFAEL

No me iré, porque no me asusto.

PACO

Entusiasmado

¿Y habrá quién se asuste ahora cuando va empezar de firme la batalla?

JUANA

¿Sin pan?

RAFAEL

Dándole a José un sobre.

Ahí tiene usté pan. Tres mil pesetas. Por fortuna, no están todos los obreros tan desorganizaos como ustedes.

ZARATÁN

Loco de alegría.

¡Viva el organismo!

PACO

¡Viva la huelga!

TODOS LOS JORNALEROS

¡Viva!

JOSE

Irritado.

¡Silencio! ¿A qué viene esta provocación? ¿Ha chillao el que nos espera?... ¡Los hombres no chillan! ¡Los hombres ejecutan lo que deciden como varones, sin escandalizar, que es cosa de mujeres!

JUANA

Con triste ironía.

Conque «viva la huelga»... Y cuando lleguen los forasteros y os arrinconen, ¿qué haréis?

RAFAEL

No vendrán los forasteros. Quince o veinte, sí; pero no los que necesitan.

ZARATAN

¡Pues, si no vienen, los estómagos vacíos le van a quitar el trunfo, por primera vez, a los estómagos llenos!

Los campesinos se ríen.

RAFAEL

Según. ¿A qué le llamas tú triunfar?

ZARATÁN

¡Toma! ¡A que suban los jornales!

RAFAEL

Desdeñoso.

¿Y eso es triunfar? Con la subida, que se la comerían las trampas de ahora, ¿pasarías menos apuros este invierno? ¿Qué arreglan unas pesetas más durante dos meses?

JOSE

Desconcertado, como la mayoría.

¿Y qué íbamos a pedir? ¿Un aumento que importase miles de duros, pa que nos tomaran por locos?

RAFAEL

Por eso, yo... no pediría el aumento.

JOSE

¿Qué pedirías entonces?

RAFAEL

Con solemnidad.

¡La tierra!

Todos se miran hondamente impresionados.

JOSE

Trémulo.

¿La tierra? ¿Qué tierra? ¿Esta tierra, que no es de nosotros?

RAFAEL

Que no es de nosotros; pero que debía ser de nosotros, porque lo fué.

JOSE

Si no conociera tu seriedá...

RAFAEL

Ardorosámente.

Pero, ¿no cae usté, padre? Nuestros antepasaos, los que vinieron aquí con el que ganó esto, y sus hijos, y los hijos de sus hijos, que lo disfrutaron como colonos, plantaron los árboles, levantaron las casas, abrieron las acequias y los pozos, hicieron los caminos... ¿Y qué pasó

cuando, en la ruina los amos primitivos, y siendo ya esto lo que hoy es, lo explotaron otras personas?

JOSE

¡Sigue!

PACO

¡Sigue!

Los jornaleros escuchan con ansiedad.

RAFAEL

Pues pasó que esas personas, que habían comprao esto de balde, le dijeron a los colonos: «¡Eh! ¡Que pagáis lo que pagábais cuando aquí no había ná!», como si tó no lo hubiesen puesto ellos, y que agregaron: «¡Amigos, que la tierra no vale lo que valía!», como si no hubieran sío ellos los que centuplicaron su valor. Y fué brutal la subida de la renta, y no hubo quien pagara... ¡y el colono se convirtió en jornalero!

JOSE

Meditabundo.

¡Así ocurriría!

PACO

Enérgico.

¡Así ocurrió! ¡Así tuvo que ocurrir!

JOSE

Y, sin embargo...

PACO

¿Qué? ¿No le han convencío? ¡Porque hay que pedir la tierra!

LOS JORNALEROS

¡La tierra! ¡La tierra!

PACO

Ebrio de entusiasmo.

¡Toa pa nosotros, que fuimos sus amos! ¡Pa que la cultivemos juntos, y pa que gozemos juntos de lo que dé!

JOSE

Despreciativo.

¿Juntos los que trabajan y los que hacen como que trabajan? ¿Pa tós lo que no sudarán tós?... ¡No, hombre! ¡Yo no me escrismo pa que se diviertan los vagos!

PACO

Bueno. ¡Pues pa cá uno lo suyo!

LOS JORNALEROS

¡Eso! ¡Justo! ¡Naturalmente!

JOSE

Y que sea pa cá uno lo que cá uno pueda pagar.

RAFAEL

Estupefacto.

¿Pagar?

JOSE

Lo justo y poco a poco. Pero es preciso pagar pa hundir los pies como amos, no en las cuarenta mil fanegas de don Diego, sino en unas cuantas y de las que no cultiva. No hay que soñar. Pa conseguir algo hay que ponerse en razón. ¿Conformes?

LOS JORNALEROS Y LAS MUJERES

¡Conformes!

JOSE

En tono de súplica.

Y aun así, «pensarlo» bien. ¿Y si se niega y trae a los forasteros?

PACO

Firmemente.

¡Se arrepentirán los forasteros de haber venío!

Los jornaleros aprueban la declaración.

JOSE

¿Y si manda tropa, y la tropa y los guardas nos fusilan?

RAFAEL

¡No sufriremos más!

Entran por la taberna CARIDAD *y* ANA. *Caridad llora con infinito desconsuelo.*

JOSE

Con angustia.

Pero, ¿y nuestros hijos?... ¿Qué será de nuestros hijos si nos matan?

CARIDAD

Con rabia y dolor.

¡Nuestros hijos se mueren ya de hambre! ¡De hambre se acaba de morir el mío!

Paco se abraza a su mujer deshecho en lágrimas.

JOSE

Con la voz ronca, después de santiguarse.

Yo hablaré por vosotros. Adelante.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En el comedor de don Diego Infante. Es una habitación espaciosa con una puerta a la derecha y otra a la izquierda. Por una ventana enorme, con reja salediza, que hay al fondo, se ve algo de la plazoleta. El techo, artesonado, es magnífico, y los muebles—los dos aparadores que flanquean la ventana, la mesa y las sillas—están soberbiamente tallados.

Caridad, Ana la Buena Moza *y* Juana, *forman, con* Paco, *un grupo a la izquierda.* José, Rafael *y* Zaratán, *a la derecha, fuman, guardando un melancólico silencio.*

PACO

Secándole el rostro a Caridad.

Vamos, no llores más. ¿Te has empeñao en morirte?

CARIDAD

Déjame salir.

PACO

Cuando salga yo.

CARIDAD

Pero si estaria mejor en casa.

PACO

No. Te quiero tener a mi lao. Te conviene estar a mi lao.

CARIDAD

Conteniendo los sollozos.

Pero, ¿y él? ¿Voy a dejar solito al alma mía porque se haya muerto?

ANA

Solo, no. Con tus cuñás. Y por diez minutos.

CARIDAD

Pero como se lo llevarán mañana pa siempre, diez minutos de verle valen por diez años.

JOSE

Abrazándola.

Sí; valen por diez años.

CARIDAD

¡Qué dolor! ¡Morirse de hambre, como si se hubiese perdío en un desierto, cuando yo, que lo apretaba contra mi corazón, le hubiese alimentao con las últimas gotas de mi sangre!

La Buena Moza y Juana lloran.

JOSE

Con penetrante amargura.

¡Miseria, miseria!

CARIDAD

¡Qué ira, y qué rabia, y qué angustia, padre! ¿Cómo podré yo olvidar aquella boquita abierta y aquellos ojitos asombraos que parecían decirme: «¿Por qué me engañas? ¿Pa qué me has traío al mundo si no me ibas a alimentar?»

JOSE

Con reconcentrada cólera.

¡Miseria, miseria!

PACO

A Caridad, en voz baja y temblando de pena y de cólera.

¡Cállate, porque nos vamos a volver locos!

RAFAEL

Calma. No te acalores, y usté, padre, reprímase, que aquí nos perderíamos si nos faltase la serenidá.

ZARATÁN

Ahora cá uno de nosotros tié que ser como un Jó en el estercolero.

Entra por la derecha BAUTISTA.

RAFAEL

Sorprendido.

¿Me busca usté a mí?

BAUTISTA

Traigo un recao pa usté solo.

RAFAEL

Háganme el favor.

BAUTISTA

En seguida termino.

Y Caridad, Ana, Juana, José, Zaratán y Paco salen por la izquierda.

RAFAEL

Inquieto.

¿Cómo te has atrevío a entrar?

BAUTISTA

Porque no hay cuidao: ha salío Veneno, y estoy de guardia en ese corredor.

RAFAEL

Pero...

BAUTISTA

¡Que no hay cuidao! Esa gente se ha créío que me echaron, por verdugo, los de Seguridá, y tengo el gran cartel. El mismo Veneno, que

me pillase aquí, no se escamaría. Y a lo que importa. Nos han hablao del pueblo y de ti. Al pueblo, si no se rinde, le darán leña; y a ti...

RAFAEL

Sonriendo.

¿Teneis orden de matarme?

BAUTISTA

En cuanto digas una palabra que envalentone a los huelguistas o que ofenda al amo. Conque, ¡ojo! En el casino hay un compañero, disfrazao de trajinante, con dos caballos. Si las cosas vienen mal dás, escápate por la haza como un rehilete.

RAFAEL

¿Y los otros compañeros?

BAUTISTA

En la posá de Benalcázar hay uno. A los demás los han cogío. Y adiós... ¡y ánimo!

RAFAEL

Dándole un fuerte apretón de manos.

Gracias, Bautista.

BAUTISTA

¿Por qué?

Sale Bautista por la derecha.

RAFAEL

Desde la puerta de la izquierda. Después de mirar su reloj.

Ya ha pasao la hora.

Entran CARIDAD, ANA, JUANA, JOSÉ, ZARATÁN *y* PACO.

ZARATAN

A Rafael.

Tú, ¿vas a llevar la palabra o vas a seguir de güéspede? Porque, en tal caso, si te se antoja que te sustitúiga...

JOSE

La palabra la llevaré yo.

ZARATAN

¡Malo! Y digo malo, porque es usté mu respetoso.

RAFAEL

Con que no le falten la claridá y la firmeza, que no están reñías con el respeto...

JOSE

No me faltarán.

Entran por la derecha DON DIEGO *y* RICARDO.

DON DIEGO

Puntualidá. Así me gusta. Y me duele que me esperéis, siendo tan puntuales. Pero tenemos que charlar con Rafael...

RICARDO

Aguarden en la galería.

Salen por la izquierda Caridad, Ana, Juana, José, Zaratán y Paco.

DON DIEGO

Siéntate, Rafael.

RAFAEL

Sentándose.

Por obedecerle, don Diego.

Ricardo cierra las dos puertas.

DON DIEGO

Vamos a ver. Poniéndome yo en un terreno amistoso y enseñándote mis cartas, ¿eres tú capaz de enseñarme las tuyas?

RAFAEL

Después de mirarle fijamente, encogiéndose de hombros.

No le entiendo.

DON DIEGO

Despechado.

¿Que no?... Pues siempre has tènido las entenderas bastante despabilás.

RICARDO

Demasiao.

RAFAEL

Sin mirar a Ricardo.

Es que, como en esta partía conozco yo sus cartas, porque no las esconde usté, y como, además, yo no juego...

DON DIEGO

Conteniendo la ira.

Eso es ya ofender a la verdá de un modo cínico. Y a una persona como yo, que habla amistosamente con otra como tú, no se la engaña. Estos brutos que, solos, no se atreverían ni a mirarme, sin ti, que los emborrachas con tus predicaciones, ¿me hubieran atacao?

RAFAEL

No soy yo el que les predica. El que les predica y les empuja tiene tantas fuerzas, que acabará con ustedes, si ustedes no le entierran a él. Me refiero al demonio del hambre.

DON DIEGO

Irónico.

No, Rafael. Fullerías conmigo, no. Guárdate las bengalas pa deslumbrar a los tontos. ¿Cuán-

do ha habido hambre en mis fincas? ¿Cuándo se ha dormío la gente sin comer?

RAFAEL

Pero, ¿cuándo se ha acostao harta, don Diego?... El hambre de aquí no es la del que está quince días sin comer y se muere de golpe, sino la del que no ha comío lo necesario desde que nació y se va muriendo poco a poco.

RICARDO

Riéndose.

Otra bengala. Y colorá, como las que encienden los «compañeros» que han heredao a Cicerón. *A su padre.* Perderá usté el timpo y la saliva.

DON DIEGO

No, porque no discutiré. *A Rafael.* ¿Quiéres librarme de la gentuza que en el Castil, Cantalejo y Fuenteclara me está sublevando a los campesinos?

RAFAEL

Con asombro.

¿Yo?

DON DIEGO

¿No eres tú su jefe?

RAFAEL

Con alarmada modestia.

Pero, don Diego, ¿tanto se figura que he creció?... ¡Pobre de mí! Yo no soy jefe más que de mis pies y de mis manos... y con torpeza.

DON DIEGO

Despreciativamente.

No, Rafael. Si no me engañarás. Te conozco. Hace cuatro años, antes de que levantaras el vuelo, ¿qué eras ya? ¿Y qué propaganda hacías?

RAFAEL

Ninguna deshonrosa. Acuérdese de que me tomaron entre ojos porque, en vez de emborracharme, casi tó el jornal me lo gastaba en libros.

DON DIEGO

Violentamente.

¡En libros, no! ¡En libruchos que te servían pa

sembrar la cizaña, pa convertir a hombres honraos en bandidos y pa dañar a los que tenian derecho a que los respetaras y los quisieras!

RAFAEL

Yo no hice daño nunca.

DON DIEGO

¿Nunca? ¡Si hablaran los que murieron como el Montañés!...

RAFAEL

Con frialdad.

Entre otras cosas, podría contar el Montañés lo que hizo pa quitarme la afición a la lectura, que a usté, por lo que veo, se le ha olvidao. A mí no se me ha olvidao. A mí no se me olvidará que me cogió a traición, porque estaba dormío; que, con estas manos amarrás, me embutió en el vientre de un mulo muerto, al que había descabezao pa que mi cabeza sustituyera a la del pobre bicho; que cosió la piel, dejando unos cachos de carne, que todavía sangraban, junto a mi cuello..., y que soltó a unos mastines que desde el día anterior aullaban de hambre, pa que despedazaran la carroña. Una dentellá en la garganta del lector..., y el lector no volvería a leer.

RICARDO

Pero, ¿qué fin tuvo aquel hombre? ¿No lo encontraron, a las cuarenta y ocho horas, colgao de una encina y abierto en canal salvajemente?

RAFAEL

Clavando la mirada en Ricardo por primera vez.

Eso me contaron.

DON DIEGO

Con ironía.

¡Ah! ¿Lo supiste porque te lo contaron?

RAFAEL

Con una punta de socarronería.

¿No dormí la noche del crimen en la posá de Benalcázar?

RICARDO

Sin ocultar su contrariedad.

Por lo menos, se probó.

RAFAEL

Pues si se probó...

DON DIEGO

Y, hace tres años, cuando te prendieron en Barcelona, ¿dónde dormiste?

RAFAEL

Muy grave, pero con un resplandor de befa en los ojos.

Aquel día, en el hospital. ¿No leyó usté que caí herido en la calle?

DON DIEGO

Con saña.

Pero, cuando te detuvieron en Valencia, después del asesinato del patrono y sin estar herido—porque esa vez no te heriste—dormirías en la cárcel.

RAFAEL

Se equivoca usté. No dormí, de pena, porque me acordaba de que aquel desdichao tenía mu-

chos hijos, y de indignación, porque me confundían con uno de sus matadores. Hasta que me pusieron en libertá por la mañana, no pude dormir. Pero, ¿pa qué resucita usté esos tropiezos míos? ¿Pa demostrar lo fácilmente que se equivocan las autoridaes?

DON DIEGO

Sombríamente.

No, Rafael. Los resucito para advertirte que yo no me suelo equivocar y para aconsejarte que operes con tu tropa en otro sitio.

RAFAEL

Simulando una candorosa alegría.

¡Ah! Pero ¿no quería usté más que eso? Pues no salgo de aquí dentro de un minuto porque, si ocurriese lo más mínimo, me lo achacarían.

DON DIEGO

¿Y cuándo te irás?

RAFAEL

En cuanto se acabe la huelga.

DON DIEGO

Después de observarle còn atención durante unos segundos.

De modo que tú, ¿deseas acabar la huelga?

RAFAEL

Sin dejarse coger.

Yo no huelgo. Deseo que la acaben sin perjuicio pa ellos y con gloria pa usté, con lo cual ganará la justicia.

DON DIEGO

¿Y estás en mi casa como campeón de la jusicia?

RAFAEL

Pero, ¿cuántas veces le voy a decir que no soy más que un huespe en el pueblo?

DON DIEGO

Y, bajo cuerda, ¿no dirigirás a los trabajadores?

RAFAEL

Cón irónica ambigüedad.

Parece mentira que, creyendo usté que me conoce, me haga esa pregunta.

DON DIEGO

Bien. Ya, suceda lo que suceda, ni tú ni yo debemos sorprendernos. *A Ricardo.* Que entren.

RICARDO

Después de abrir la puerta de la izquierda.

Pase la digna comisión.

Entran CARIDAD, ANA, JUANA, JOSE, ZARATAN *y* PACO. *El señorito vuelve a cerrar la puerta.*

DON DIEGO

Pocas palabras. Os repito lo que os dije hace unas horas: que no pago lo que me exijís y que no tolero que continueis perjudicándome porque es mía la razón y porque dispongo de la fuerza. Conque, si os emperrais en la subida...

JOSE

No, señor.

DON DIEGO

Asombrado.

¡Cómo! ¿Ya no pretendeis?...

JOSE

No, señor.

DON DIEGO

Efusivamente.

¡Gracias a Dios y gracias a San Sentido común, que es uno de mis santos! ¡Me alegro, José! ¡Me alegro con toda mi alma y os felicito y me felicito! Y, para que veais que a nobleza no se me gana, os concedo un aumento: diez reales más. ¿Sé corresponder?

JOSE

Con gravedad.

No me ha comprendío usté, don Diego. No nos emperramos con la subida porque, de aquí en adelante, no azmitiremos el jornal.

DON DIEGO

Estupefacto.

¿Que no admitireis el jornal?

JOSE

Con firmeza.

No, señor. No lo azmitiremos.

DON DIEGO

¿Qué pedís, entonces?

JOSE

Sin una sombra de vacilación.

La tierra.

Hay unos instantes de solemne silencio. Los comisionados, impasibles, no apartan los ojos de José. Don Diego y Ricardo se miran sin ocultar su desconcierto, y Rafael enciende un cigarrillo y contempla las espirales del humo como si no le interesara lo demás.

DON DIEGO

Reponiéndose.

¿La tierra? ¿Has dicho la tierra? ¿He oido bien?

JOSE

Con moderación, pero sin acobardarse.

Ha oido usté bien.

DON DIEGO

Conteniéndose.

De modo que, sin haber perdido la razón, seriamente y con facha de hombres honrados y no de bandoleros, me pedís mi tierra.

JOSE

Cada vez más dueño de sí mismo.

Parte de su tierra. Un poco de su tierra.

DON DIEGO

Sarcásticamente.

¡Ah! ¿No la quereis toda? ¿Oyes, Ricardo? No la quieren toda. Son tan nobles y tan rumbosos, que nos dejarán alguna. *Riéndose de súbito.* Bueno. Esto tiene más gracia que una función de teatro.

JOSE

Cuando acaba de reir don Diego.

¿Y así nos contesta usté?

DON DIEGO

¿Cabe mejor contestación?

JOSE

Nosotros no le hemos ofendío.

DON DIEGO

Con viveza.

¡Claro que no! Con payasadas tan ridículas no se ofende: se hace reir y ná más. Pero todos no sereis tan payasos. *Después de una pausa.* ¿Pensais lo mismo, tal vez?... ¿No se me responde?... ¡Si no me ofendo ni me enfado! Tú, Caridá: ¿quieres mi tierra?

CARIDAD

Con lágrimas en la voz.

Si la hubiera tenío, no me hubiese quedao sin lo que lloro.

DON DIEGO

A Paco.

Y a ti, ¿qué te parece?

PACO

Muy entero.

Que no se arruinará usté repartiéndonos la tierra precisa.

DON DIEGO

¡La tierra precisa es la que mide el enterrador pa abrir la sepultura! Y a ti, Zaratán, ¿qué se te ocurre? Habla también, pobre imbécil.

ZARATAN

Usté prometió que no se enfadaría.

DON DIEGO

Y no me enfado; pero me admiro. ¡Me admiro de que no os tambaleéis al andar!

JOSE

Con una punta de desdén.

¿Cree usté que estamos borrachos?

DON DIEGO

¡Por no creer que estais locos!

JOSE

¿Locos porque deseamos que nos dé buenamente una chispa de lo que era nuestro?

DON DIEGO

¿Y eran vuestras mis tierras?

JOSE

¡Sí, señor! ¡De nuestros antepasados que, por ser colonos, enriquecieron estas heredaes, y que las perdieron por haberlas enriquecío!

DON DIEGO

¿Quiéres decir que mis abuelos robaron a vuestros abuelos?

JOSE

Dignamente.

Robar es una palabra fea.

DON DIEGO

¡Pero, aunque no la pronuncies, está en tu pensamiento! Y, por estar en tu pensamiento ¿te figuras que ahora sería legal despojarme de la finca?

JOSE

No lo sé. Mu oscura es la cuestión y mu cortas mis luces. *Con entereza.* Pero sí sé que no es justo que los hijos de los que hicieron tó esto y los hijos de los que se quedaron con tó esto, hayan vivido de una manera tan diferente: nosotros, trabajando, y ustedes, heredando.

DON DIEGO

A José.

Y para que, desde hoy, ocurra todo lo contrario, ¿habeis decidido quitarme las tierras?

JOSE

Con generosa indignación.

¿Quién habla aquí de quitar? Pedir, ¿es quitar?... ¡Nosotros no le quitamos ná a nadie, don Diego! Le pedimos a usté humildemente que reparta algo—una chispa—de lo que le sobra, y no de balde, sino con su cuenta y razón. Pagaremos un tanto como arrendaores y otro como compraores, y cobrará usté poco a poco lo que se estipule.

DON DIEGO

¿Y si me negase a vender hasta esa chispa de lo que me sobra?

JOSE

Con emoción.

Eso sería como firmar nuestra sentencia de muerte, y usté, que es caritativo, no la querrá firmar. De las cuarenta mil fanegas que tié esta finca—que parece un reino—se labran doce mil y las demás son pa la caza y pa los toros bravos.

DON DIEGO

Con orgullo.

¿Y qué? ¿Es una censura?

JOSE

Es una queja de unos hombres que envidian a los jabalíes y a los toros, y que quieren unos ruedos o unas hazas pa no vivir peor que los toros y los jabalíes. Conque nos mire usté como a las bestias nos conformaremos.

DON DIEGO

¡Así os debía mirar! Y basta, porque parece que discutimos y no podemos discutir.

JOSE

De manera que su resolución...

DON DIEGO

Mi resolución aún no está adoptada. Como íbamos a tratar de la subida de los jornales y no del reparto de mis tierras, y como vuestra pretensión me ha sorprendido, reflexionaré. Esperad en la galería. Cinco minutos. Me sobrarán para decidir.

Salen por la izquierda Caridad, Ana, Juana, José, Rafael, Zaratán y Paco. Ricardo cierra la puerta.

RICARDO

Cruzándose de brazos y sonriéndose con una expresión feroz.

¿Qué tal?

DON DIEGO

Apretando los puños y quitándole el freno a su cólera.

¡Canallas! ¡Me he de cobrar este rato! ¡Les he de escupir toda la bilis que me han hecho tragar con sus insolencias!

RICARDO

Con un odio que le enronquece.

¡Por culpa de ese bandido, que es el autor de todo! ¡Por culpa de ese anarquista miserable, que campa aquí desde que llegó y que nos asesinará ayudado por tu ridícula tolerancia!

DON DIEGO

¿Le iba a prender sin motivo?

RICARDO

Con rabiosa energía.

¡Naturalmente! Esperar el motivo es resignarse a sufrir el daño. Y sufrir un daño que se pudo evitar, es suicida. Pero, en fin, ya tienes tu mo-

tivo. Ya estás en condiciones de impedir que nos degüellen a traición los brutos sugestionaos por ese salvaje. Todavía les podemos derrotar... si no te acobardas.

DON DIEGO

Altivo.

¿Me he acobardado yo alguna vez?

RICARDO

Firme.

Por bondá, muchas veces.

DON DIEGO

¡Pues se acabó la bondá! *Desde la puerta de la derecha.* ¡Bautista! *Entra* BAUTISTA. ¿Volvió Veneno?

BAUTISTA

Con ocho hombres.

DON DIEGO

Que venga. *Sale Bautista por donde entró.* ¡Se

acabó la bondá! Al que me pida un céntimo más de lo que doy, le pagaré con plomo; y al que levante la cabeza y me desafíe, se la aplastaré a taconazos. ¡La tierra! ¡Que achique lo mío pa que sean algo los que no son ná! ¡Que ponga a mi nivel a los que están a la altura del suelo! ¡Que arme con mis propias armas a los enemigos que tengo desarmaos! ¡Que les facilite el hierro y la madera pa que hagan la horca a los aspirantes a verdugo que me quién ahorcar!... ¡Ah, no, mocitos! ¡Seré yo el que ahorque, si hay que bailar esa danza!

Entra CURRO *por la derecha.*

CURRO

A su disposición.

DON DIEGO

Acércate, Curro. Ahora mismo, ¿con cuántos guardas podemos contar?

CURRO

Con veinte.

DON DIEGO

Pocos son pa un apuro. ¿Por qué te ríes?

CURRO

Porque si, desarmaos, cá uno vale por diez, con los rifles, cá uno vale por veinte. De modo que, si no me se ha olvidao multiplicar, tiene usté cuatrocientos hombres.

DON DIEGO

¿Gente de fiar y dura y resuelta?

CURRO

Gente escogía por mí, que sé lo que escojo. Sin escrúpulos, porque no se ha educao en ningún convento, hará lo que usté quiera que haga, sea fácil o sea difícil..., si aquí pué ser difícil alguna cosa, que me parece que no.

DON DIEGO

Nerviosamente.

¿Ni prender a Rafael?

CURRO

Con socarrona tranquilidad.

¿Ha traío soldaos con artillería pa que le de-

fiendan? Porque, si no los ha traío, no veo la dificultá.

DON DIEGO

¿Y si el pueblo, pa defenderle, se revoluciona?

CURRO

¿Más de lo que ya se ha revolucionao? Pues chillará más y se queará ronco.

DON DIEGO

¿Y si, cuando esté ronco, quiere morder?

CURRO

Sinceramente asombrado.

¿Morder? Pero, usté, ¿ha visto, ni en sueños, que las liebres les muerdan a los galgos?

DON DIEGO

Tienes razón. Vas a poner diez hombres en la fachada y ocho en los balcones, y tú, con dos, te quedarás aquí.

CURRO

Sobra uno, porque, ayudado por Bautista, trincaré a la fiera.

DON DIEGO

No. Que te ayude Polilla, que es más fuerte. Bautista, mientras, vigilará a los caballeros de la comisión. Y anda.

Sale Curro por la derecha.

RICARDO

Desprevenidos no nos cogerán.

Entra por la derecha BAUTISTA.

BAUTISTA

Con licencia.

RICARDO

Con afábilidad.

Te vamos a necesitar... y pa una faena que tal vez te guste. ¿No estás entrampao con Rafael?

BAUTISTA

Sonriéndose.

Sí. Le debo un tiro que me atizó uno de sus compadres. Verdá es que ya le iba yo a tumbar a sablazos.

Entran Curro *y* Polilla *por la derecha.*

CURRO

Listo.

RICARDO

¡Pues a la cacería!

DON DIEGO

Deteniéndole para que no llame a los campesinos.

Aguarda. Hagamos las cosas con discreción. *A Bautista y Polilla.* Quiero zampar en la cárcel a Rafael; pero quiero que Rafael no se defienda para que no haya lucha.

BAUTISTA

Y si se defiende, ¿qué hacemos? Porque se defenderá.

DON DIEGO

Sorprendiéndole, no... y yo me encargo de que le sorprendais. En la ocasión oportuna, gritaré: «¡Ahora!», y tú, Veneno, y tú, Polilla, que vais a soltar las armas, al oirme caeréis sobre él, mientras Bautista y nosotros contenemos a los demás.

RICARDO

Riéndose.

Preciosa bengala de acción. Hasta el propio cohetero va a admirarte. ¿Abro ya?

DON DIEGO

Los rifles. *Cuando sueltan las armas Curro y Polilla.* Abre ya.

RICARDO

Sarcástico.

Audiencia pública.

Entran por la izquierda CARIDAD, LA BUENA MOZA, JUANA, JOSÉ, RAFAEL, ZARATAN *y* PACO. *Don Diego queda en el centro de la estancia, entre Ricardo y Curro y Polilla. Bautista se coloca junto a la puerta de la derecha.*

JOSE

Procurando esconder tras una sonrisa su dolorosa inquietud.

¿Va usté a prendernos?

DON DIEGO

Un poco desconcertado.

A vosotros, ¿por qué?

JOSE

Por los guardas.

Como veo aquí a estos amigos y como otros se han plantao en la puerta...

DON DIEGO

Con acerbidad.

No los verías si no me hubieras exigido, en nombre del pueblo, lo que me pertenece.

JOSE

¿Yo exigir? He suplicao con toa la humildá del mundo. Usté, ¿se figura que le vamos a atro-

pellar?... Pues, si se lo figura—que no lo creo, porque me dolería mucho creerlo—, que se vaya la comisión y siga usté hablando conmigo solo y que me amarren, si le parece bien. Pero retire usté a los guardas. Formarlos en la calle, es una provocación, don Diego.

DON DIEGO

Agresivo.

¡Lo que es una provocación es que estéis aquí por lo que estais! Pero es una provocación inútil, porque no he de permitir que me despojen.

JOSE

Lo cual quié decir que, como nos quearemos sin tierras, porque usté no vende tierras, y sin jornal, porque nosotros no azmitiremos jornal, tendremos que ir pensando en que nos amortajen.

Entra por la izquierda DON SERVANDO.

DON SERVANDO

Procurando hablar con alegría.

¿Quién piensa en que lo amortajen?... ¿Quién

es el desvergonzado que pretende emigrar al otro mundo sin mi permiso? *A don Diego.* Y dispense que, sin el suyo, me haya colado aquí de rondón. Pero, como Horbacho es ya un manicomio...

DON DIEGO

Con sequedad.

¿Por qué?

DON SERVANDO

Porque están locos los hombres y las mujeres. ¿Pues no se han imaginado, al ver a los guardas, que va usté a formar una cuerda con estos infelices pa mandarlos a la capital y que se pudran en la cárcel?

JOSE

A Don Diego.

¿Ve usté?

DON DIEGO

Al sacerdote, sin mirar a José.

¿Y no procedería con honradez obrando así, ya que estos caballeros me piden mis fincas?

JOSE

Con firmeza.

Un pedacillo, señor. Un pedacillo de lo que no se labra, de lo que disfrutan los animales... ¡y pagándolo!

DON SERVANDO

Siendo así...

DON DIEGO

Con un furor contenido que incendia sus palabras.

Siendo así, ¿mi obligación consiste en ceder? ¿Debo disminuír este caudal que ha remediao tanta miseria y ha extraído del polvo a tanta gente?... Habla, que tiene interés para mí tu opinión, ya que serías un destripaterrones si mi padre no te hubiese costeao la carrera.

DON SERVANDO

Con honda emoción.

Cierto es. De la nada me sacó y obra suya es lo poco que soy. Pero él hizo del huérfano abandonado un sacerdote para que fuera un buen sa-

cerdote. Y un buen sacerdote, en este caso debe recomendar indulgencia para los que no saben y caridá para los que no tienen, y yo, buen sacerdote, le recomiendo a usté indulgencia y caridá. Y esto no es ponerme frente a usté, sino ponerme a su lado.

DON DIEGO

Irónico.

¿Así? ¡Curiosa es tu religión!

DON SERVANDO

A punto de llorar.

Mi religión le exige al pobre que sea paciente y resignado, que obedezca a sus superiores y que limpie de odio su corazón; pero le ordena al rico que ablande sus entrañas. Y no yo, que estoy vacío de ciencia y de autoridá, sino el «Eclesiástico» dice en unos de sus capítulos que quien quita el pan del sudor es como el que mata a su prójimo, y que tan malo es el que derrama sangre como el que defrauda al jornalero.

DON DIEGO

Trémulo de cólera.

Pero, ¿eres tú el que se atreve a acusarme con

tan ciega injusticia? ¿Defraudo yo a los jornaleros?

DON SERVANDO

Conteniendo las lágrimas.

Yo no me referí a usté. Perdóneme. Yo le respeto y le quiero, porque sé que tiene el corazón colmado de piedá, y he sostenido, defendiéndole a usté, que, por las buenas, dará más de lo que le piden.

DON DIEGO

Còn malevolencia.

De lo que me piden ¿quiénes? Porque, en realidad, la única boca que me pide es la que no habla. *Después de unos segundos de silencio.* ¡La tuya, Rafael! Y la prueba está aquí.

RAFAEL

Por una carta que le enseña don Diego.

¿Qué prueba es esa?

DON DIEGO

Con resolución, después de fingir que vacila unos segundos.

Mírala. *Rafael, engañado por la estratagema, apártase de los suyos, y, junto a don Diego, se pone a leer la carta.* «Ahora.»

Veneno y Polilla, caen sobre Rafael y le sujetan; pero, José, que presintiendo la agresión no estaba desprevenido, se lanza como un rayo sobre Ricardo, le arrastra hacia la izquierda y le reduce mostrándole su cuchillo. Las mujeres, gritan, espantadas.

JOSE

Con terrible energía.

¡Que le toquen a mi hijo y le degüello!

DON SERVANDO

Con la congoja de un niño.

¡José, José!

DON DIEGO

Con asombro y terror.

¿Quién piensa en maltratar a tu hijo? ¡He ordenao que le prendan, no que le asesinen!

JOSE

¡Que le prendan pa asesinarle después! ¡Pero no asesinará usté a mi hijo sin que le tire yo a los pies la cabeza del suyo!

DON DIEGO

A Curro y a Polilla.

¡Soltadle! *A Rafael, que le contempla impávido.* Estás libre.

JOSE

Con invencible tozudez.

¿Aquí?... ¡Mientras no esté, sano y salvo, en medio de la plaza y detrás de las mujeres y los niños, y mientras no me lo azvierta pa que yo respire sin preocupación, se encontrará este pájaro tan en peligro como si lo llevara entre los dientes un perro!

DON DIEGO

A los comisionados.

¿No le habéis oído? ¡Salid! *Entre colérico y aterrado.* ¡Fuera!

RAFAEL

Gritaré, padre.

Sale por la izquierda Rafael, escoltado por Caridad, la Buena Moza, Juana, Zaratán y Paco. Veneno y Polilla, que los siguen, se quedan junto a la puerta.

RICARDO

Con una voz estrangulada por la rabia.

¡Suéltame ya!

JOSE

¡Muévete y, como hay Dios, que te degüello!

DON DIEGO

¡Pero no le hagas daño! ¡No seas brutal!

JOSE

¡Ya aflojaré cuando me avisen! ¡Y silencio!

Todos escuchan con ansiedad. Don Diego, don Servando y los guardas miran a José. Bautista clava los ojos en sus compañeros.

RAFAEL

Dentro, gritando.

¡Padre, libertá!

JOSE

Soltando a Ricardo.

Libertá.

RICARDO

Con un odio feroz.

¡A tiempo todavía! *Y corre hacia la ventana, y en tanto que José, que pretendió seguirle, alarmado, lucha con Polilla y Veneno, encárase con los guardas y ruge una orden bestial.* ¡Tiradle! ¡Que le tiren los de arriba, que le ven mejor! ¡Matadle!

BAUTISTA

Desde la puerta de la derecha.

¡Pero, antes, morirás tú!

Y, rápido como el pensamiento, le encañona, dispara, y huye por la derecha, perseguido por Curro, que pierde unos instantes en coger su rifle.

DON DIEGO

Con angustia.

¡Ricardo, Ricardo, hijo mío!

RICARDO

Con la voz rota y cayendo de rodillas.

¡Que huye, padre! ¡Que se escapa!

DON DIEGO

A los guardas que esperan en la calle, enloquecido por el dolor.

¡Fuego, fuego!

Suena una descarga.

JOSE

Queriendo acuchillar a don Diego y debatiéndose con un dolor y una furia sobrehumanos entre los brazos del sacerdote y de Polilla.

¡Asesino, asesino, asesino, asesino!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

En la plazoleta. Acaba de nacer el alba de un pálido día de otoño y aún se agazapan las sombras en los muros de los edificios. La taberna y la iglesia están cerradas. No rompe el silencio ni el más leve rumor.

Entran, por la derecha, ZARATÁN *y* DON SERVANDO. *Zaratán viste un recio chaquetón y unos pantalones de pana. Don Servando, para defenderse del frío remusguillo, se emboza en el manteo.*

DON SERVANDO

Avanzando hacia la iglesia.

Es un abuso. Me habrías quitado una horita de sueño, si hoy hubiese yo podido pegar los ojos.

ZARATAN

Filosóficamente.

Los hombres, cuando la vida les manda abu-

sar, abusan lo mesmo en lo chico que en lo grandioso. Y ya hemos llegao, y ahora me explicaré pa complacerle.

DON SERVANDO

Menos mal, porque los misterios me preocupan.

ZARATAN

Pues este misterio, aunque sea un misterio, no le tié que procupar. Me he empeñao en que abra, porque en la iglesia hay un guéspede... que quié salir tempranito.

DON SERVANDO

Pasmado.

¿Un huéspe en la iglesia? ¿Estás seguro?

ZARATAN

Como que, haciendo de posaero, lo metí yo anoche, por la casa del sacristán, mientras le entretenía Paco.

DON SERVANDO

Con severidad.

¿Y para qué?

ZARATAN

Pa que tocara el órgano me paece que no sería. Le metí pa que durmiera en seguridá. Ahí no entra nadie; y como al guéspede le conviene que no le vean, porque se ha echao al camino y le acaban de pregonar...

DON SERVANDO

Horrorizado.

Y a un hombre así, a un ladrón, ¿le has metido en la iglesia?

ZARATAN

Dignamente.

¡Pero, don Servando, que el amigo a quien va usté a soltar si coge alguna cosilla, la coge pa comer, y no es un ladrón! Conque abra ya pa que se las guille ese infeliz.

DON SERVANDO

Tan trémulo, que no acierta a introducir la llave en la cerradura.

¡Dios mío, Dios mío!... ¡Santa madre del Rosario!

Y abre y aparece en la puerta de la iglesia BAUTISTA. *Pero un Bautista que se emboza en una vieja manta y que se encorva al andar, en el que nadie reconocería al muchachote valentón de la bandolera y el rifle.*

BAUTISTA

Estirándose de súbito, con lo cual crece una cuarta y bajándose el embozo.

Disimule usté, don Servando. Necesitaba estar hoy aquí, y me he cobijao en la casa de Dios pa no pasar la noche arrecío en la dehesa.

DON SERVANDO

Retrocediendo con asombro y pavor.

¡Pero, usté!... Pero, ¿no es usté?...

BAUTISTA

Con dulzura.

Bautista; sí, señor. Y no se espante, que de mí no se debe espantar la gente buena.

DON SERVANDO

Con severidad.

Márchese, Bautista, márchese.

BAUTISTA

Con fría decisión.

Cuando platique con el amo.

DON SERVANDO

Y usté, ¿se atrevería a presentarse a don Diego?... Por fortuna, ya no viene por aquí.

BAUTISTA

Está aquí.

DON SERVANDO

Alarmado.

Imposible.

BAUTISTA

Vino anoche desde el Castil, donde se enteró de que hoy no quedarán en Horbacho ni las ratas. Y yo vine detrás de él.

DON SERVANDO

Duramente.

¿Con mala intención?

BAUTISTA

Sin fanfarronería

Se hubiera quedao en el camino.

DON SERVANDO

Es verdá. ¿Y qué se propone?

BAUTISTA

Salvarme.

DON SERVANDO

¿Cómo?

BAUTISTA

Azvirtiéndole que así se salvará él.

ZARATAN

A Bautista.

¡Ojo, que ahí le tienes! *Cogiendo por un brazo al sacerdote.* Sígame usté, don Servando.

DON SERVANDO

Metiéndose en la iglesia con Zaratán.

Que Dios nos ampare a todos.

DON DIEGO, *que viste un traje de campo y lleva zahones, entra por la izquierda. Bautista, al verle, se encorva y avanza renqueando hacia él.*

DON DIEGO

¿No hablabas con el cura?

BAUTISTA

Irguiéndose.

Buenos días, don Diego.

DON DIEGO

Dando un paso atrás, sorprendido.

¿Quién eres? *Clavando en él los ojos con inquie-*

tud. Yo conozco tu voz. *Al reconocer a Bautista, que se baja el embozo.* ¡Ah, bandido!

Y antes de que empuñe la «browning», se encuentra encañonado por el salteador.

BAUTISTA

Fieramente.

¡Que no azmito habilidaes de manos, don Diego! *Con frialdad.* Y no se mueva, que todavía pué vivir muchos años y sería una lástima que no los disfrutase.

DON DIEGO

Con la serenidad de un hombre verdaderamente bravo.

Me has cogido la vez. *Desdeñoso.* Es tu costumbre. *Con sequedad.* ¿Qué quieres?

BAUTISTA

Tan seco y tan despreciativo como su interlocutor.

Que juegue usté conmigo como yo juego con usté: sin fullerías, con limpieza.

DON DIEGO

Irónico.

Primero, sepamos lo que entiendes tú por limpieza. ¿Le llamas tú limpieza a disparar contra una persona a traición?... Porque, entonces, soy yo un fullero.

BAUTISTA

Usté ha disparao contra mí a traición, poniendo en los periódicos que le dará cinco mil duros al que me prenda, o al que me denuncie pa que me prendan. Y eso, ¿no es una fullería?

DON DIEGO

¡Tratándose de un mozo como tú, no!

BAUTISTA

¿Y qué sabe usté de mí? ¿Sabe usté cómo yo soy?... Le tiré a su hijo, y le volvería a tirar, pa impedir que asesinaran a un hombre que tié más talento y más alma que tós ustedes. Pero, herío Rafael y siendo imposible curarle matando a los que le hirieron, ¿qué he hecho yo? Pues yo, teniendo una cigüeña de veinte tiros tan bien en-

señá, que pone el güevo en el nío que me se antoja—en un ojo, en una sien, o en la raíz de un corazón—, he câminao detrás de usté en varias ocasiones, y ni me se ha ocurrío lisiarle pa que no parezca más por aquí. Y usté, ¿cómo me ha pagao? ¿Es una paga leal la del anuncio?... Pa decirle que no es leal y pa rogarle que lo quite, le he buscao.

DON DIEGO

¿Y si no lo quito?

BAUTISTA

Sombriamente.

Si no lo quita, enciérrese en su casa y mande tapiar la puerta, o encomiéndese usté a Dios. *Al ver a* ZARATAN *y a* DON SERVANDO, *que entran, saliendo de la iglesia.* Y he terminao. Buenos días.

Se retira con lentitud, andando de espaldas, y al encararse don Diego con el sacerdote, vuélvese tranquilamente y se vá por la izquierda.

ZARATAN

Para sí.

El saludo ni a los judíos se le niega. *Aproximándose a don Diego.* Santos y felices.

DON DIEGO

Afectuoso.

Hola, Zaratán. *Tendiéndole la diestra al sacerdote.* ¿Qué tal, Servando?

DON SERVANDO

Estrechándosela con frialdad.

Siempre a sus órdenes.

DON DIEGO

A Zaratán.

¿Quiéres hacerme un favor?

ZARATAN

Intentando ser duro, sin conseguirlo.

Si me lo pide usté como a un Juan Particular, porque, desde que cobré antinoche, no soy su jornalero, y si es cosa de unos minutos, porque tengo que trafagá en seguía, le haré el favor.

DON DIEGO

Entonces, dile a José Recio que le quiero hablar.

ZARATAN

Como una bala.

Sale por la izquierda.

La luz se ha ido fortaleciendo poco a poco, y ya brilla el sol. PACO *abre la taberna.*

PACO

Arisco, al ver a don Diego.

Buenos días.

Le contestan Infante y el sacerdote, y se vuelve a meter en la taberna, de la que saca un baulillo, una maceta de albahaca y una jaula en la que aletea un jilguero.

DON SERVANDO

¿Se enteró usté de lo de Caridá?

DON DIEGO

¿De que la hirieron en la mano de un balazo?

DON SERVANDO

No. De que tuvieron que amputársela.

DON DIEGO

Sincero.

Lo hizo la fatalidá; pero es triste y me duele.

DON SERVANDO

Con timidez.

Si yo me atreviera...

DON DIEGO

Atrévete, Servando.

DON SERVANDO

Pues, la verdá, como José no está muy en sus cabales desde que murió su nieta, y como la enfermedá de sus hijos le exalta, yo le aconsejaría a usté...

DON DIEGO

¿Que no le hablase?... *Con entereza.* No. Ahora es el cabecilla, y le he de hablar. Es mi obli-

gación. Solo he venido y solo estoy; y espero que mi nobleza y mi prudencia se estimen y se imiten. Y que a nadie he de agredir ni he de acusar; pero, sin acusar ni agredir, como lo que va a hacerse con el pueblo es inicuo, lo impediré.

DON SERVANDO

Inicuo... según se mire.

DON DIEGO

¡Ah! La emigración del pueblo, ¿no es una iniquidá?... Porque me han asegurado que emigra el pueblo en masa, como si esta fuese una tierra maldita.

DON SERVANDO

Sí; eso, si no es inicuo, es triste. Pero, vamos, emigra en ciertas condiciones, con ciertas garantías... Arregló el asunto un compañero del pobre Rafael y estos desdichados cuentan con pasajes gratuitos, con tierras, con aperos de labranza, con simientes...

DON DIEGO

Con ironía.

Vaya, que los ves ricos y felices. *Acerbamente.* ¿Emigras tú también?

DON SERVANDO

Con humildad.

No. Me quedo con el tío Ramón, que está enfermo y no se puede ir, y con la tía Sarmiento, que, por su edá, no se quiere ir.

DON DIEGO

Impresionado.

¿Y no se queda nadie más?

DON SERVANDO

Jiménez.

DON DIEGO

Con un dolor que no sabe ocultar.

Dos personas: un cantor y una mendiga. Porque al enfermo no hay que contarlo, y a ti...

DON SERVANDO

Para mí sería un consuelo el estar seguro de que me enterrarían los que bauticé. Pero Dios lo ha dispuesto de otro modo y acato su voluntá.

Entra José *por la izquierda. Viste un chaquetón y unos pantalones de pana.*

JOSE

Con acritud.

¿Es cierto que me llama usté? ¿No se habrá equivocao Zaratán?

DON DIEGO

No se ha equivocao.

JOSE

Punzantemente.

¿Y me llama usté pa lo que me debe llamar?... Porque, entonces, los testigos sobran. Dios, usté y yo.

DON DIEGO

Con moderación.

No es para reñir para lo que debo llamarte. Y

no supongas que te replico en este tono por cobardía. *A don Servando.* No pasará nada. Te puedes retirar. *El sacerdote se refugia en la iglesia.* Quisiera tratar contigo pacíficamente. Más aún: afectuosamente.

JOSE

¿Afectuosamente? ¡La sangre que se tragó este suelo saltaría de él pa ponerme el color de la vergüenza en la cara! ¿Afecto entre nosotros, sin que me devuelva lo que me ha robao? ¡Devuélvame la mano de mi Caridá!

DON DIEGO

No fuí yo el que se la quitó.

JOSE

¡Devuélvame la vida de mi nieto!

DON DIEGO

A tu nieto le consumió una huelga que yo no declaré.

JOSE

¡Devuélvame la salú de mi hijo!

DON DIEGO

A tu hijo le hirió una bala porque otra bala atravesó al mío.

JOSE

¡Pero, él, que, por odio y por soberbia, fué la causa de tó, está ya bueno y sano, y el mío, sin culpa, todavía padece en un hospital! ¡Y perecieron seis criaturas! ¡Y tres, orgullo y alegría de infelices que no podíamos soñar con otra alegría ni con otro orgullo, quedaron inútiles! ¡Y quince vieron sus cuerpos ensangrentaos, fusilás por los asesinos que usté pagaba!... Y después de estas ferocidaes, ¿me habla usté de afecto?

DON DIEGO

Enérgica y sinceramente.

¡Por caridá, porque me duele lo que ha ocurrido y para que no ocurran desdichas mayores!

JOSE

¿Ahora? ¿Cómo van a ocurrir ahora si ya no volveremos a verle?

DON DIEGO

Tragándose el insulto.

Y la emigración del pueblo, ¿no es una desdicha?

JOSE

¡Es una suerte, porque se libra de usté!

DON DIEGO

Irónico.

¿Y no le convendría librarse de su director?

JOSE

¡Yo no soy su director!

DON DIEGO

¿Quién lo dirige entonces?

JOSE

¡La desesperación! Yo voy delante de ellos porque, como he pasao más que tós ellos, y he trabajao más que tós ellos, qüieren que vaya de-

lante. Pero, si no los guiara hacia el mar, me guiarían a mí. Y basta, que llegó el momento.

Entra Jiménez *por la derecha.*

JIMENEZ

Buenos días.

JOSE

Acercándose a la puerta de la iglesia y gritando.

¡Toca, sacristán!

JIMENEZ

Con melancolía.

Yo tocaré.

Se va por la iglesia.

DON DIEGO

Con más dolor que violencia.

¡Eres tú, José! ¡Te los llevas porque llevártelos es tu venganza! ¡Y debía aterrarte la responsabilidá!

Dobla una campana.

JOSE

Irónico.

Dígales que no se deben ir. Pué que le hagan caso. Hasta que no suene el segundo toque, no empezaremos a caminar, y antes se llenará de criaturas la plazoleta.

DON DIEGO

¡Pues me oirán, aunque, por ti, no me hagan caso!

Se marcha rápidamente por la izquierda, al entrar, saliendo del casino, Caridad, Ana *y* Paco. *Caridad, muy pálida, lleva el brazo izquierdo en cabestrillo. Las ropas que viste, como las que visten los demás, son recias.*

ANA

José, ¿por quién doblan a muerto?

JOSE

Es verdá que doblan a muerto.

CARIDAD

Desde la puerta de la iglesia.

Sacristán, ¿por quién doblas?

JOSE

Por Horbacho. ¿Es que Horbacho está vivo? *Separándola de la iglesia.* ¡Déjale doblar!

Entran por la izquierda JUANA, MARÍA *y* ZARATÁN.

MARIA

¿Cómo has pasao la noche, Caridá?

CARIDAD

Con menos dolor. *A Juana, que le toca la frente.* No. Estoy limpia de calentura.

MARIA

Sin embargo, tú no debías cansarte.

Deja de oírse la campana.

CARIDAD

Con resignación.

¿Y qué voy a hacer? Iré despacito con los viejos.

Poco a poco van entrando por la derecha y por la izquierda hombres y mujeres de distintas edades, con hatillos al hombro, con arcas y esportones, en los que llevan el mísero equipaje. Con ellos vienen niñas y niños. La Buena Moza, que mientras charlan las mujeres, ha sacado de la taberna varios envoltorios, se dirige a José con inquietud.

ANA

¿Azmitirán al jilguero en el barco?

JOSE

Qué sé yo.

Entran, saliendo de la iglesia, DON SERVANDO *y* JIMÉNEZ.

ANA

Pues lo has de preguntar. *Con lágrimas en la voz.* Lo cogió con liria mi Antoñuelo, junto a la

presa, el día antes de que me lo mataran, y aquella noche, la última de su vida, hasta soñó con el pájaro el pobrecito mío. *Llorando.* Me darían una puñalá si no lo admitiesen.

JOSE

Emocionado.

No llores, y llévalo, mujer, que lo azmitirán. *Disimulando su enternecimiento.* Y, si no lo azmiten, lo meteremos escondío en una canasta, pa que esté a nuestra vera; que, así, cuando cante, nos parecerá que se entran en el barco el arroyo y los almendros del molino y la yerba donde estaba la liria que le quitó la libertá.

CARIDAD

Por la maceta.

¿Y esto? La albahaca la sembró madre. Si se nos seca en el camino, recogeré la semilla pa volverla a sembrar. Dejándola aquí, en el cementerio, ¿quién recogería la semilla? Y como la sembró madre...

JOSE

Descuida, que también la azmitirán. Y poniéndola pegaita al jilguero, pa que sea la huerta del

jilguero, se alegrará el pajarillo y nos animará a tós. Porque hay que tener valentía. *A Jimenez.* Y, si doblaste por miedo, contigo me encaro, músico.

JIMENEZ

Trémulo, porque en su corazón, como en todos los corazones, ha destilado su amargo jugo la melancolía.

¿Iba a repicar?... Los repiques son pa los momentos de alegría, porque parecen cantares. ¿Y quién tiene aquí alegría?

CARIDAD

¿Quién la podría tener al dejar lo que dejamos? ¿Dónde habrá un cielo más azul que este cielo, y un aire más puro que este aire, y un agua más dulce que esta agua?... Y ya no volveremos a ver el cielo, ni a respirar el aire, ni a mirarnos en el agua.

JOSE

Te mirarás en otra, que también está debajo de un cielo.

CARIDAD

Pero no será el que vió una de niña y de novia, padre.

JOSE

Con disgusto.

¿Romantiquismo?

CARIDAD

Decir que no hay ná como lo nuestro, ¿es romantiquismo?... Ayer, los escarabajos me parecían mariposas, y las ortigas, claveles, y los desconchones, bordaos... ¡Figúrese usté lo que me parecerán los bordaos, los claveles y las mariposas de veras!

ZARATAN

Como que ni existe ni ha existío una tierra igual. A mí mismo, siendo tan fiero y tan adelantao, al pensar que me voy, se me enfrían las entrañas.

DON SERVANDO

Porque, hasta en las pobres cabezas como la tuya, enciende el dolor la llamita de la poesía.

JUANA

Como que, a pesar de su fachá, no lo hay más blando.

ZARATAN

Avergonzado.

¡Quita, pamplinosa!

CARIDAD

Más blando es Paco, aunque tié la blandura mú adentro. Anoche, cá vez que crugían las vigas de mi dormitorio, me entraba un temblor y me daba una pena acordándome de que no las oiría crugir más... Y lloré mu bajito, pa que este no se enfadase...

PACO

Entre iracundo y vergonzoso.

¡Y no me enfadé, porque, como soy de carne, me dolían los crugíos igual que a ti!

ANA

¡Con los ojos cerraos quisiera yo irme, pa no ver las cosas que me llaman!

CARIDAD

¡Y yo dormía, además, pa no oír las voces que me despiden!

JOSE

Muy excitado.

¿Y creéis que a mí ná me llama ni me despide?... Pues cuando paso por el Oterillo, y por la Rambla y por la Hondoná, me parece que salen de la tierra y que toman cuerpo humano los miles de días que trabajé allí, y miles de hombres—uno por cá día—con las cabezas de sol y los pies de sombra, se empeñan en que me entierre allí, como a ellos los enterré. Y cuando corro por el camino, me hablan los árboles y las zarzas me tiran de la ropa. Y, cuando llego al cementerio, la mano que perdió mi hija y que coloqué sobre el ataú de mi nieto, se me aparece en el aire, y revolotea hacia mí, igual que una paloma, como si me quisiera sujetar.

DON SERVANDO

Reconviniéndole con dulzura.

¡Vamos, vamos, José!

JOSE

Conteniéndose

No. Si ya sé que son figuraciones mías. Son figuraciones, y si no se halla la mano, como cuando la sepulté, sobre la cajita del niño, será porque habrá roto las tablas pa meterse dentro y acariciarle.

CARIDAD

Abrazándole y llorando.

¡Padre, padre, que angustia!

JOSE

Con varonil emoción.

¡Y qué miseria!... ¡Martirizándonos con ese látigo, nos han decidío a dejar un suelo donde se hartan las bestias a costa del hambre de las criaturas!

ZARATAN

Eso es indiscutible. Y, por serlo, me voy; y añadiré que con cierta satisfación, porque, según mis informes, la fertilidá del terreno ande vamos, pasma. Y luego, lo que ocurre con la carne.

DON SERVANDO

Tirándole de la lengua para distraer a los campesinos.

¿Y qué ocurre con la carne?

Entra DON DIEGO *por la izquierda y se detiene para oír a Zaratán.*

ZARATAN

¡Ah! Pero, ¿no lo sabe usté?... ¿No sabe usté que en América abunda el ganao vacuno más que aquí los cigarrones? Pues entérese. ¿Va usté por el campo, jala que jala, y le gruñen las tripas de necesidá?... Pues mata usté un guey como un castillo, y le corta dos o tres libras del solomo, y se las come usté asás y nadie se mete con usté.

Don Diego avanza con resolución y todos se apartan de él, mirándole unos con miedo, otros con furia encubierta y algunos con visible agresividad. Hay unos instantes de silencio.

DON DIEGO

Sigue. Di que el que tiene sé después del banquete, se acerca a un arroyo de vino—por-

que allí hay arroyos de vino—y bebe hasta que se hincha. ¿No es eso?... *Reconviniendo a los labriegos.* Pero, señores, ¿habéis perdido el sentido común?

JOSE

Con socarronería.

¿No se le contesta a don Diego? ¿Habéis perdío el sentido común o no? ¿Os vais por falta de sentido común... o por sobra de sentido común?

DON DIEGO

¿Por sobra? Pero, ¿creéis que os llevan a Jauja, desgraciados? ¿No comprendéis que cuanto dicen de la abundancia del dinero en América y de lo fácil que es ganarlo, es una vil engañifa? ¿No caéis en que vuestra marcha sólo será un gran negocio para el logrero que os empuja?

JOSE

Al ver que nadie responde.

¿No caéis?

DON DIEGO

¿Y no os indigna y no os avergüenza que se

comercie con vosotros?... Porque, con vosotros, labradores de Europa, van a comerciar los que, antes, hubieran cogido negros en Africa pa explotarlos. ¿Y os pondréis en manos de negreros?

JOSE

Sarcásticamente.

Don Diego no es un negrero.

DON DIEGO

Con altivez.

¡Ni lo soy ni lo he sido! ¿Es un negrero el que defiende lo que heredó?

JOSE

Acremente.

¡Cuando se figura que heredó hasta el aire que respiran los demás, sí!

Hay un murmullo de iracunda aprobación; pero don Diego ni ceja ni pierde la serenidad.

PACO

Graciosamente irónico.

Y, dicho sea con tó el respeto que usté se merece, le agradeceríamos que no se molestara.

DON DIEGO

Dirigiéndose a todos apasionadamente.

Eso, ¿significa que no os convenceré ni con la razón? ¿Tanto me odiais porque me sublevó lo que era injusto? Y, por odio, vais a padecer y a morir a miles de leguas de vuestra patria, en vez de gozar en ella de la vida? Pero, ¿ni a España queréis?

JOSE

¿A qué España se refiere: a la nuestra, que ayuna, o a la de usté y los suyos que come hasta hartarse?... A la de ustedes, que es la que nos echa, porque, como nunca ha trabajao, ni el trabajo sabe estimar, no la queremos. ¡A la nuestra, sí! A la nuestra la queremos de tal modo, que lo primero que guardé en mi arquilla fué una almorzá de trigo y un costalejo de tierra. Y, donde Dios nos lleve, sembraré, grano a grano, ese trigo español y lo abrigaré con esa

tierra española... ¡y las espigas que nazcan serán españolas, y español será el pan que amasemos con su harina, y, llorando por España, nos lo llevaremos a la boca con el mismo respeto que si con él fuésemos a comulgar!

DON DIEGO

Iracundo.

¿Ves como eres tú el que los revoluciona? ¿Ves como eres tú el cabecilla que los saca de aquí?... ¿Por qué no les has dicho que en América, los únicos que se enriquecen con el campo son los explotadores sin escrúpulos que se dedican a comprar para vender y que los que lo labran no salen de la miseria nunca?

PACO

¿Y qué? ¿Duele, quizás, la explotación de un extraño como la de uno de nuestra casta?

JOSE

¡Y que el hambre es más hambre y apena más donde hemos nacío que donde nos ha llevao la suerte! ¡Y el engaño es más engaño!

DON DIEGO

¿Y quién os ha engañao aquí? ¡Responde! ¿Qué he prometido yo que no cumpliera?

JOSE

¿Y qué iba usté a cumplir, si en jamás prometió ná?

DON DIEGO

¿Se me pidió con discreción? Si me hubieseis pedido discretamente, sin exagerar, con medida, ¿os hubiera rechazado?... ¡No! Y la prueba es que he venido para ofreceros mi amistad y mi ayuda. ¿Queréis tierras en arrendamiento? ¿Queréis llevar conmigo unos centenares de fanegas en aparcería?

JOSE

Brutalmente.

¡No! ¡Queremos la tierra pa nosotros! ¡Pagándola, pero en propiedá!

TODOS LOS CAMPESINOS

¡La tierra! ¡La tierra!

CARIDAD

Temblando de furia.

¡No! ¡Ya, no! ¡Ya no la queremos! ¡Ya no la tomaríamos aunque nos la regalase! ¿Es que hemos perdío la memoria?

ANA

Con doloroso desdén.

¿Pa qué me serviría a mí una tierra que ya no pué disfrutar mi Antoñuelo?

PACO

Frenéticamente.

¿Y qué cogería yo de las manos que arrancaron esta mano?

La de Caridad.

JOSE

Con una cólera selvática.

¡En el corazón se la debí yo enterrar!

DON SERVANDO

Con autoridad.

¡Basta, José! Ha venido solo, confiando en vuestra nobleza.

JOSE

Ha hecho bien en confiar; pero ha hecho mal en venir. Y basta. *Desde la puerta de la iglesia.* Tira del cordel, sacristán. ¡Y no repiques: dobla!

DON DIEGO

A José, colocándose junto a don Servando y de un modo ambiguo.

¡Tú te arrepentirás!

JIMENEZ

Con la voz temblorosa y los ojos llenos de lágrimas.

Perdóneme usté, don Servando... Porque lo

siento de un modo y tengo una amargura... Usté me conoce, don Servando. Pero, esta noche, ¿cómo dormiría yo, pensando en?... ¿Me comprende? Y usté, ¿se imagina lo que mañana será esto?

DON SERVANDO

Tristemente.

Sí, amigo, sí.

Dobla la campana.

JOSE

Las casas abiertas, pa que nadie entre ni salga, y en las calles ni una persona, ni una voz... Y uno tiene muchas personas dentro de los ojos y muchas voces dentro de los oídos, pa no ver ni oír. ¿Verdá?

JIMENEZ

Verdá.

DON SERVANDO

¿También se quiere usté ir?

JIMENEZ

Si usté me lo permitiera...

DON SERVANDO

Con dolorosa resignación.

Váyase. Es natural...

JIMENEZ

Como la soledá es tan dura pa los viejos... Pero no crea que no me se parte el corazón. Dejo aquí huesos sagraísimos y su buena amistá.

JOSE

Tuteando súbitamente al organista con la fraternidad que engendra el dolor.

Y luego, el órgano, y no porque te haya dao el pan años y años, sino porque lo tocaste en tu juventú, con fantesías en la cabeza, en vez de canas.

JIMENEZ

Así es.

DON SERVANDO

Le comprendo. No siga.

JIMENEZ

Con la cortedad de un chico.

Si me dejara tocarlo por última vez...

DON SERVANDO

Con los ojos húmedos y la voz insegura.

También es natural ese deseo, y le doy permiso. Y, en cambio, hágame un favor: no se despida de mí. No quiero despedirme de nadie. Voy a rezar por todos.

Y se va a la iglesia con el paso vacilante.

JOSE

A Jiménez, al que se le caen dos lagrimones.

Que no te se derrame el agua, amigo. *Abrazándole.* O, si no te pués contener, llora pa el interior, pa que no sigan un mal ejemplo las mujeres.

JIMENEZ

Queriendo irse.

Sí, señor. Si, señor.

JOSE

No tengas prisa, que te esperaré pa que salgamos los últimos, como dos viejos pastores que somos, cuando parezca Horbacho un cementerio sin muertos.

JIMENEZ

Los últimos. Sí, señor.

JOSE

¡Y anda y canta un funeral por los que perecieron con la desesperación de no tener más tierra que la de la fosa, y por los que vamos al barco lo mismo que a un ataú, y por los que nacerán de hombres y mujeres de España, a tantísimas leguas de España, que pa ella estarán muertos!

El sochantre, empujado por José, desaparece en la iglesia. Acuciados por el clamor de la campana, llegan más viejos, más jóvenes y más mujeres.

PACO

A José.

¿V amos?

JOSE

Y vosotros los primeros.

Caridad se apodera de la jaula, Ana coge unos envoltorios y Paco carga con el baulillo.

CARIDAD

Abrazando a su padre y volviendo los ojos hacia la casa que abandona, con un dolor agudísimo.

¡Padre!...

JOSE

¡No mires! ¡Y que nadie mire a su casa pa que nadie pierda el valor! ¡Que ande tó el mundo con los ojos en el camino, como si fuéramos a volver!

CARIDAD

Llorando mansamente.

Padre...

JOSE

Con tremenda energía.

¡Adelante, que hay que dormir en Benalcázar

pa almorzar en el barco! *A Caridad, bajando la voz y con pena y con rabia.* Eres mi hija... ¡y te ve llorar!

CARIDAD

Conteniéndose.

Vamos.

ZARATÁN

Con una alegría tan desastrosamente simulada que no engaña ni a los más lerdos.

Yo seré el gastaor. Seguirme.

Y sale por la izquierda, con algunos mozos y algunos chiquillos, precediendo a Caridad, Ana, Paco, María y Juana, que va con sus pequeños. Por la derecha continúan entrando hombres y mujeres, viejos, en la madurez o en plena juventud, con hatillos, fardeles y esportones que, sin separarse de la fachada del palacio, van saliendo por la izquierda. Cesa el doblar de la campana.

JOSE

¡Adelante, sin mirar! ¡Adelante, con los ojos en el camino!

DON DIEGO

Junto a la iglesia.

¡Es un crimen! *Avanzando con resolución hacia José.* ¡Todavía lo puedes evitar!

JOSE

¡El crimen sería dejarlos aquí!

DON DIEGO

¡Pues yo impediré que los embarques! ¡Yo haré que vuelvan! ¿Es que se puede emigrar de ese modo? ¿No hay autoridades en España?

JOSE

Desdeñoso.

¿Autoridaes que obliguen a la gente a abonar con sus huesos las fincas de usté?

DON DIEGO

Con entereza.

¡Autoridades que obliguen a la gente a salir de su patria como la ley impone, para que no salgan

los que se deban quedar! ¿Crees tú que se deben ir los quintos? ¿No recuerdas que el que se va es un desertor? ¿Y te figuras que yo no perseguiré a los desertores? Antes de tres horas, os denunciaré. ¡Te lo juro!

JOSE

Conteniéndose.

Que nos detengan.

DON DIEGO

Sañudo.

¡Es que os detendrán! ¿Te imaginas que con lo de Benalcázar me has engañado?... ¡Si sé que, huyendo de los puertos, atravesaréis la marisma pa embarcar en la playa del Coto!

JOSE

Descomponiéndose.

¿Quién se lo ha dicho?

DON DIEGO

Con serena altivez.

¡Quien lo sabe!

JOSE

Y teniendo la seguridá de que le odiamos, de que junto a usté nos envenenaría la rabia, ¿nos denunciará?

DON DIEGO

¡Sí, porque yo no os odio!

JOSE

¿Y nos traerá a la fuerza, entre soldados?

DON DIEGO

¡Por vuestro bien!

Jiménez, acompañándose al órgano, canta el oficio de difuntos.

JOSE

Con sombría gravedad.

¡Piénselo, porque esa maldá pué costarle la vida!

DON DIEGO

Con un leve matiz de ironía.

¡La daría con gusto por vosotros!

JOSE

Lanzándose sobre él y acuchillándole ciego de furia.

¡Pues venga, pa que no hagas el daño! ¡Venga, pa que no crucifiques al pueblo!

DON DIEGO

Luchando desesperadamente.

¡Cobarde, cobarde, miserable!

Y esforzándose por sacar el revólver, sin conseguirlo, cae muerto. La pelea detiene a los emigrantes que, al morir don Diego, se aproximan a su matador. Don Servando, con una emoción que le trastorna, aparece en la puerta de la iglesia.

JOSE

Gritando con una voz estentórea en el sitio donde cayó Rafael.

¡Hijo... libertá!

FIN DEL DRAMA


75 76, 90, 103, 111,



